

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

O-CONNOR



NOTICIA BIOGRAFICA
DE
CARLOS PERRAULT.

¡Cosa á la verdad estraña! De todas las obras del hombre, aquella en que menos piensa es frecuentemente la que le sobrevive y la que le saca del olvido: testigo de esto es Cárlos Perrault. Ciertamente al componer en sus ratos de ocio y para descansar de sus grandes trabajos la *Caperuchita encarnada*, *Barba azul* y otros cuentos tan llenos de encanto; este primer apóstol de la doctrina del progreso en las ciencias, las letras y las artes, no sospecharia que este precioso tomito, causando las delicias de tantas generaciones, seria casi el único que transmitiese su nombre á la posteridad.

Nacido el 12 de Enero de 1628 Cárlos Perrault, tenia apenas ocho años y medio, cuando le pusieron en el colegio de Beauvais, donde hizo rápidos progresos. Le gustaba más escribir en versos, que en prosa y los componia algunas veces tan buenos, en sentir al



Perrault escribiendo sus cuentos.

menos de su maestro, que este último le preguntaba con aire de interés aun hicieron otra obra de esta especie que tambien se imprimió, pero dichosamente se ha sepultado en el olvido. Despues de haber

gente, quien se los habia hecho. Nuestro jóven versificador estaba destinado á encontrar un dia en Boileau, un Aristarco mas severo, probando como otros muchos poetas que si hay menosprecio de sentimiento y ternura, tambien lo hay de talento y de genio. La filosofia tuvo aun mas atractivos para Cárlos Perrault que el estudio de las bellas letras; le gustaba tanto disputar que los dias de asueto ordinariamente tan deseados de los colegiales, eran para él dias de fastidio. Y sin embargo esa filosofia que tanto le apasionaba, no era aun sino esa miserable escolástica que ha reinado tanto tiempo para vergüenza de la razon. Pero esa escolástica servia como de pasto á la imaginacion del jóven colegial tan ávida de ejercitarse aun sobre quimeras, y mas inclinada á los razonamientos que á las cosas de gusto. Al salir del Colegio de resultados de una disputa con su maestro emprendió con uno de sus amigos llamado Beauvain la traduccion burlesca del libro sexto de la Eneida, en la que tomaron parte dos hermanos suyos, de los que el uno fue despues Doctor en Sorbona, y el otro médico:



NOTICIA BIOGRAFICA
DE
CARLOS PERRAULT.

¡Cosa á la verdad estrañal De todas las obras del hombre, aquella en que menos piensa es frecuentemente la que le sobrevive y la que le saca del olvido: testigo de esto es Cárlos Perrault. Ciertamente al componer en sus ratos de ocio y para descansar de sus grandes trabajos la *Caperuchita encarnada*, *Barba azul* y otros cuentos tan llenos de encanto; este primer apóstol de la doctrina del progreso en las ciencias, las letras y las artes, no sospecharia que este precioso tomito, causando las delicias de tantas generaciones, seria casi el único que transmitiese su nombre á la posteridad.

Nacido el 12 de Enero de 1628 Cárlos Perrault, tenia apenas ocho años y medio, cuando le pusieron en el colegio de Beauvais, donde hizo rápidos progresos. Le gustaba mas escribir en versos,

que en prosa y los componia algunas veces tan buenos, en sentir al menos de su maestro, que este último le preguntaba con aire de inte-



Perrault escribiendo sus cuentos.

aun hicieron otra obra de esta especie que tambien se imprimió, pero dichosamente se ha sepultado en el olvido. Despues de haber

gente, quien se los habia hecho. Nuestro jóven versificador estaba destinado á encontrar un dia en Boileau, un Aristarco mas severo, probando como otros muchos poetas que si hay menosprecio de sentimiento y ternura, tambien lo hay de talento y de genio. La filosofia tuvo aun mas atractivos para Cárlos Perrault que el estudio de las bellas letras; le gustaba tanto disputar que los dias de asueto ordinariamente tan deseados de los colegiales, eran para él dias de fastidio. Y sin embargo esa filosofia que tanto le apasionaba, no era aun sino esa miserable escolástica que ha reinado tanto tiempo para vergüenza de la razon. Pero esa escolástica servia como de pasto á la imaginacion del jóven colegial tan ávida de ejercitarse aun sobre quimeras, y mas inclinada á los razonamientos que á las cosas de gusto. Al salir del Colegio de resultados de una disputa con su maestro emprendió con uno de sus amigos llamado Beaurin la traduccion burlesca del libro sexto de la Eneida, en la que tomaron parte dos hermanos suyos, de los que el uno fue despues Doctor en Sorbona, y el otro médico;

terminado sus estudios en el mes de Julio de 1631, Carlos Perrault fue á tomar la licenciatura á Orleans en compañía de otros dos jóvenes. Parece que en aquel tiempo se obtenían con bastante facilidad las licenciaturas y los demás grados del derecho civil y canónico, pues así resulta de la siguiente anécdota que Perrault mismo nos cuenta en sus memorias.

«En la misma tarde que llegamos, dice él, nos dió la idea de recibirnos y habiendo llamado á la puerta de la escuela á las diez de la noche un criado que vino á hablarnos á la ventana, habiendo sabido lo que deseábamos, nos preguntó si teníamos listo el dinero, á lo que habiendo contestado que sí, nos hizo entrar y fue á despertar á los doctores que vinieron en número de tres á interrogarnos con sus gorros de dormir bajo sus bonetes cuadrados. Al mirar á estos tres doctores á la débil claridad de una bugía, cuya luz iba á perderse en la espesa oscuridad de las bóvedas del lugar en que estábamos, me imaginaba ver á Minos, Eacus y Rhadamanto que venían á interrogar á las sombras. Uno de nosotros, á quien hicieron una pregunta que no me acuerdo, respondió resueltamente: *Matrimonium est legitima maris et foeminae conjunctio, individuum vitae consuetudinem continens*, y dijo sobre esto una infinidad de cosas buenas que habia aprendido de memoria: le hicieron en seguida otra pregunta á la que no respondió nada que merezca la pena. Los otros dos fueron interrogados en seguida y no lo hicieron mucho mejor. Sin embargo los tres doctores nos dijeron que hacia mas de dos años que no habia preguntado á jóvenes tan hábiles y que supiesen tanto como nosotros. Yo creo que el sonido de nuestro dinero que contaban detras de nosotros, mientras que nos preguntaban, era la causa de nuestras buenas respuestas.»

De vuelta á París Carlos Perrault, se recibió de Abogado y defendió dos causas con bastante éxito para que los jueces, entre los cuales se hallaba el padre de la desgraciada Brinvilliers, le obligasen á agregarse al Chatelet, prometiéndole su apoyo; pero desistió de ello por los consejos de su familia. Habiendo comprado su hermano la plaza de Recaudador general de Rentas de París, le propuso que fuese su secretario y que viniese á vivir con él. Aceptó esta proposición, en la que él veía mas dulzura y atractivos que en arrastrar una toga en el Tribunal. Estuvo diez años con él, pero en 1664, Colbert que conoció su mérito, le eligió para director de una pequeña academia que fue la causa de aquella sabia compañía tan célebre despues bajo el nombre de Academia de Inscripciones y de Bellas-letas.

La pequeña Academia trabajaba en las medallas y lemas que Colbert la pedía en nombre del Rey, siendo preferidas casi siempre las que proponía Carlos Perrault, pues tenia un talento singular para este género de composición. La Academia francesa debió á sus cuidados el ser alojada en el mismo Louvre, y bien pronto las letras le de-

bieron aun una obligacion mas señalada en la repartición de gratificaciones que el Rey concedía á los literatos franceses y extranjeros. Colbert que apreciaba mas y mas los talentos de Perrault, le nombró Contador general de edificios. Entónces fue cuando se aprovechó de la confianza y amistad del Ministro para prestar á las bellas artes los mas eminentes servicios. Presidió al establecimiento de las academias de pintura, escultura y arquitectura que se formaron segun sus memorias, y fue uno de los primeros que entraron en la Academia de Inscripciones. El favor de los grandes es inconstante y Carlos Perrault acabó por sufrir de parte del gran Colbert tales desaires, que se vió forzado á retirarse. No tardó en apercibirse el Ministro de la falta que le hacia Perrault, pero ya no era tiempo. Instruido por la experiencia, este hombre tan modesto como estimable, prefirió su reposo á nuevas tormentas y fue á encerrarse en una casa oscura del faubourg Saint-Jacques, donde se consagró enteramente á la educación de sus dos hijos. Despues de la muerte de Colbert, recibió un nuevo disgusto. Lonvois le borró de la pequeña Academia de las medallas; este Ministro no podia ver á Colbert y el odio que tenia al protector, se estendió hasta al protegido que ya no lo era.

Perrault encontró felizmente en las letras que tanto amaba y que le debía tanto, un manantial de consuelos. En este apacible retiro fue donde compuso la mayor parte de sus obras, entre otras su poema sobre *el siglo de Luis el grande* y su *paralelo de antiguos y modernos* que le ocasionó una guerra tan viva con Boileau, guerra en la que tomaron parte un gran número de escritores y que se terminó por la reconciliación un poco dudosa de los dos campeones. A estas dos obras siguió el *elogio histórico de los hombres grandes del siglo XVII*; debiéndosele tambien muchas poesías sueltas. Pero la obra de Carlos Perrault que ha vivido y vivirá mas que todas las demas es el libro agradable que encierran sus cuentos de Hadas, ese libro que ha divertido á nuestra niñez, ese bello tomito todo lleno de dramas sencillos ó terribles, ese libro querido de los niños, que ha despertado dulcemente las imaginaciones mas tiernas, y que como dice Julio Janin, vivirá en Francia en tanto que haya madres y nodrizas, ayas y niños. Protegedle pues con vuestro recuerdo infantil vosotros el *Pulgarcito*, *el gato con botas* y *la Bella durmiendo en el bosque*. En nombre de su hijo aun niño en 1697, fue cuando Carlos Perrault, compuso esos lindos cuentos de viejas tan conocidos y tan justamente populares por su sencillez.

Carlos Perrault, murió en 1703 á la edad de setenta años, sentido de todos los que le habian conocido. Sesenta años despues de su muerte se han publicado sus memorias escritas por él mismo, narración llena de encanto y donde se encuentra el hombre lleno de probidad y de ingenio.

LA CAPERUCHITA ENCARNADA.

Habia en cierta ocasion en una aldea una niña lo mas bonito que se puede ver; su madre estaba loca por ella y su abuela aun mas. Esta buena mujer la mandó hacer una caperuchita encarnada, que la caía tan bien, que por todas partes la llamaban la Caperuchita Encarnada.

Un día que su madre hizo unas tortas la dijo: Ve á ver como sigue tu abuela, pues me han dicho que estaba mala, y llévala una torta y este pucherito de manteca. Caperuchita Encarnada, partió al punto á casa de su abuela que vivía en otra aldea. Al pasar por un bosque encontró á un lobo al que se le pasaron buenas ganas de comérsela, pero que no se atrevió á causa de algunos leñadores que habia en la selva: la preguntó donde iba y la pobre niña, que no sabia lo peligroso que era el detenerse á escuchar á un lobo, le dijo: voy á ver á mi abuela y á llevarla una torta con un pucherito de manteca que mi madre la envía.

—¿Vive muy lejos? la dijo el lobo.

—¡Oh! sí, le contestó Caperuchita Encarnada, es pasado aquel pequeño molino que ve usted allí abajo, allí abajo, en la primera casa del lugar.

—¡Bien! dijo el lobo, yo tambien quiero ir á verla: yo iré por este camino y tu por aquel y veremos quien llega antes.

El lobo echó á correr con todas sus fuerzas por el camino mas corto, y la niña se fue por el mas largo divirtiéndose en coger avellanas, en correr tras de las mariposas y en hacer ramilletes con las florecillas que encontraba.

—Apenas llegó el lobo á casa de la abuela, llamó: tan, tan.

—¿Quién es?

—Soy vuestra hija la Caperuchita Encarnada, contestó el lobo remedando su voz, que le traigo á usted una torta y un pucherito de manteca de parte de mi madre.

La buena de la abuela que estaba en cama á causa de hallarse algo indisputa le dijo: tira del pestillo y caerá la aldavilla.

El lobo tiró del pestillo, y la puerta se abrió. Se arrojó sobre la pobre mujer y la devoró en un momento, pues hacia mas de tres días que no habia comido: en seguida cerró la puerta y fue á acostarse en la cama de la abuela, aguardando á Caperuchita Encarnada, que poco tiempo despues viene á llamar á la puerta: tan, tan.

—¿Quién es?

Caperuchita Encarnada que oyó la voz ronca del lobo, tuvo miedo al principio, pero creyendo que su abuela estaria constipada, respondió: soy su hija Caperuchita Encarnada, que traigo á usted una torta y un pucherito de manteca de parte de mi madre.

El lobo la dijo, dulcificando un poco la voz.—Tira del pestillo y caerá la aldavilla.

Caperuchita Encarnada, tiró del pestillo y la puerta se abrió. El lobo al verla entrar, la dijo, ocultándose en la cama bajo de la manta.—Pon la torta y el pucherito de manteca encima del arca y ven á acostarte conmigo.

Caperuchita Encarnada se desnudó y fue á meterse en la cama, y

asombrándose de ver á su abuela desnuda la dijo: abuelita, ¿qu' brazos tan grandes tiene usted.

—Es para abrazarte mejor, hija mia.

—Abuelita, ¿qué piernas tan grandes tiene usted!

—Es para correr, mas hija mia.

—Abuelita, ¿qué orejas tan grandes tiene usted!

—Es para escuchar mejor, hija mia.

—Abuelita, ¿qué ojos tan grandes tiene usted!

—Es para ver mejor, hija mia.

—Abuelita, ¿qué dientes tan grandes tiene usted!

—Es para comerte, y al decir esto, el malvado lobo se arrojó sobre Caperuchita Encarnada y se la comió.

MORALEJA.

Mirad como los niños, y en especial las niñas, aun mas cuando son ellas graciosas y bonitas, obran muy mal si escuchan, incautas y sencillas, palabras embusteras de cierta genticita. Sin mas que por acaso se puso ante su vista; y que asi no es extraño que tantas pobrecillas del lobo entre las garras perdido hayan la vida. Dije lobo por lobos que en tal casta maldita

no todos son iguales ni de la suerte misma. De condicion astuta los hay tal que á la vista parece que sin suñia viven y sin mancilla; y mansos y sinceros se van tras de las niñas por calles y plazuelas y hasta á las casas mismas. Guardaos de tales lobos, guardaos, sí, queridas; cuanto mas las oculten temed mas de sus iras; que aquellos son mas crueles que mas os acarician.

BARBA-AZUL.

Habia en cierta ocasion un hombre que tenia casas magníficas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles tallados y carruajes dorados. Pero por desgracia este hombre tenia la barba azul; esto le hacia tan feo y tan terrible que no habia mujer ni doncella que no huyese de él. Una de sus vecinas, señora principal, tenia dos hijas sumamente lindas. Él le pidió una en matrimonio, dejándola la elección de la que le quisiese dar; pero ninguna de las dos le querian y ambas la rechazaban, no pudiendo resolverse á admitir un hombre que tenia la barba azul. Lo que mas las disgustaba aun era que habia tenido ya varias mujeres y no se sabia de ellas.

Barba-azul para entablar relaciones las llevó con su madre, tres ó cuatro de sus mas íntimas amigas y algunos jóvenes vecinos, á una de sus casas de campo, donde estuvieron ocho días. Allí todo era paseos, partidas de caza y pesca, bailes, festines y meriendas; no dormían y pasaban toda la noche bromeando: en fin todo iba tan bien que la mas pequeña se figuró que el dueño de la casa no tenia la barba tan azul, y que era un hombre de bien.

De vuelta á la ciudad se efectuó el matrimonio.

Al cabo de un mes, Barba-azul dijo á su mujer que se veía precisado á hacer un viaje á provincias, de seis semanas al menos, por un asunto de interés; que desearia se divirtiese durante su ausencia; que hiciese venir á sus amigas y las llevase al campo si queria; por último que se diese buena vida.

Hé aquí, la dijo, las llaves de los dos grandes guarda-muebles, la de la vajilla de oro y plata que no sirve todos los días, las de las arcas donde tengo el oro y la plata, la de las cajas donde estan mis alhajas, y en fin, las llaves de todas las habitaciones. En cuanto á esta llavecita, es la del gabinete que hay á la estremidad de la galería grande del piso bajo: abrir todo, id por todas partes; pero os prohibo entrar en este gabinete, y os lo prohibo de tal modo, que si llegais á entrar, no hay nada que no debais esperar de mi cólera. Ella prometió cumplir exactamente todo lo que la acababa de mandar, y despues de haberla abrazado, subió en su carruaje y partió. Las vecinas y amigas no aguardaron que las fuesen á buscar para ir á casa de la joven esposa; tanta era la impaciencia que tenian de ver todas las riquezas de su casa, no habiéndose atrevido á ir mientras estaba el marido, á causa del miedo que les inspiraba Barba-azul. Hélas ya recorriendo los cuartos, gabinetes y guarda-ropas, todos á cual mas bonitos. Subieron en seguida al guarda-muebles, donde no se cansaban de admirar el número y belleza de los tapices, de las arcas, sofás, papeleras, veladores, mesas y espejos de cuerpo entero, y cuyos adornos unos de cristal y otros de plata sobredorada eran los mas bonitos y magníficos que se habian visto, no cesando

de envidiar la dicha de su amiga, que sin embargo no se divertía en ver todas estas riquezas, por la impaciencia que tenia de ir á abrir el gabinete del piso bajo. Era tanta su curiosidad, que sin considerar que era mal visto dejar á los que la acompañaban, bajó por una escalera secreta, y con tanta precipitación, que pensó estrellarse dos ó tres veces. Al llegar á la puerta se detuvo pensando en la prohibición que la habia hecho su marido, y considerando que podia sobrevenirle alguna desgracia por haber sido desobediente; pero la tentación era tan grande, que no pudo vencerla; tomó, pues, la llavecita y abrió temblando la puerta del gabinete. Al principio nada vió, porque estaban cerradas las ventanas; pocos momentos despues empezó á ver que el suelo estaba todo cubierto de sangre cuajada, en la que se veían los cuerpos de dos mujeres muertas y arrimadas á lo largo del muro; estas eran las mujeres que habia tenido Barba-azul, y que habia degollado una tras otra. Creyó morir de miedo, y se le cayó de la mano la llave del gabinete que acababa de sacar de la cerradura. Despues de vuelta un poco en sí, recogió la llave, cerró la puerta, y subió á su cuarto para reponerse un poco; pero estaba tan conmovida, que no lo podia conseguir. Habiendo notado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la limpió dos ó tres veces, pero la sangre no se quitaba; y por mas que la lavaba y la frotaba con greda y arena, siempre quedaba la sangre, porque la llave estaba encantada y no habia medio de quitarla del todo, pues aunque se quitase la sangre por un lado volvía á aparecer por el otro. Barba-azul volvió de su viaje la misma tarde, diciendo que en el camino habia recibido cartas que le noticiaban que el asunto que habia motivado su partida, acababa de terminarse en su favor. Su mujer hizo todo lo que pudo por mostrarle lo contenta que estaba por su pronto regreso. Al día siguiente la pidió las llaves y ella se las dió, pero con una mano tan trémula, que él adivinó sin trabajo todo lo que habia pasado.—¿Cómo es, la dijo, que la llave del gabinete no está con las demas?

—Sin duda, dijo ella, me la habré dejado olvidada encima de mi mesa.

—No dejes, dijo Barba-azul, de dármele al instante.

Despues de alguna dilacion fue necesario llevar la llave. Habiéndola examinado Barba-azul, dijo á su mujer:—¿por qué hay sangre en esta llave?

—No sé nada, respondió la pobre mujer, mas pálida que la muerte.

—¿No sabeis nada! repuso Barba-azul: yo si lo sé. ¿Habeis querido entrar en el gabinete? Pues bien, señora, entrareis é ireis á ocupar un puesto entre las que habeis visto allí.

Se echó á los pies de su marido llorando y pidiéndole perdon con muestras de verdadero arrepentimiento de no haber sido obediente. Hubiera ella enternecido á una roca, bella y afligida como estaba; pero Barba-azul tenia un corazon mas duro que una roca, y dijo: es menester morir, señora, y al instante.

—Pues que es preciso morir, respondió ella mirándole con los ojos bañados en lágrimas, concededme un poco de tiempo para rogar á Dios.

—Os doy medio cuarto de hora, repuso Barba-azul, pero nada mas. Cuando se vió sola, llamó á su hermana y la dijo:—Hermana Ana, pues se llamaba así, sube, te lo ruego, á lo alto de la torre á ver si vienen mis hermanos, pues me han prometido que vendrían hoy, y si los ves hazles señal de que se apresuren. La hermana Ana subió á lo alto de la torre, y la pobre afligida le gritaba de cuando en cuando:

—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie? Y la hermana Ana, la respondía:—No veo mas que el sol que abrasa y la yerba que verdea. Entre tanto Barba-azul con un gran cuchillo en la mano gritaba con todas sus fuerzas:—Baja pronto, ó subo.

—Un momento aun, si quereis, respondió la mujer, y por lo bajo decía:—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie? Y la hermana Ana respondía:—No veo mas que el sol que abrasa y la yerba que verdea.

—Baja pronto, gritaba Barba-azul, ó subo yo. —Ya voy, respondió la mujer, y despues decía:—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie?—Veo, contestó la hermana Ana, una gran polvareda que se aproxima.

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay! no, hermana mia, veo una manada de carneros.

—¿No quieres bajar? gritaba Barba-azul.

Un instante aun, respondía su mujer, y despues decía:

—Ana, hermana mia, ¿no ves venir nadie?

—Veo, contestó esta, dos caballeros que vienen hácia aquí, pero aun estan bien lejos.—¡Alabado sea Dios! gritó ella un momento despues, son mis hermanos.

—Ya les hago señas como puedo de que se apresuren.

Barba-azul se puso á gritar tan fuerte, que toda la casa tembló. La pobre mujer bajó y fue á echarse á sus pies, toda llorosa y desgredada.—Eso no sirve de nada, dijo Barba-azul, es preciso morir; en seguida cogiéndola con una mano por los cabellos, y levantando con la otra el cuchillo, iba á cortarla la cabeza. La pobre mujer vol-

viéndose á él y mirándole con ojos moribundos le pidió un momento para recogerse.

No, no, encomiéndate bien á Dios, y levantando su brazo... en este momento llamaron tan fuerte á la puerta que Barba-azul se detuvo: abrieron, y al punto se vió entrar á dos caballeros que espada en mano se dirigieron á Barba-azul. El reconoció á los hermanos de su mujer, el uno dragon y el otro mosquetero, de suerte que al instante huyó para salvarse; pero los dos hermanos le persiguieron tan de cerca, que le cogieron antes que pudiese ganar la puerta, y atravesándole el cuerpo con la espada le dejaron muerto. La pobre mujer estaba casi tan muerta como su marido, no teniendo fuerzas para levantarse á abrazar á sus hermanos.

Como Barba-azul no tenía herederos, quedó su mujer dueña de todos sus bienes de los que una parte empleó en casar á su hermana Ana con un joven gentil-hombre que la amaba hacia largo tiempo; otra en comprar á sus dos hermanos los empleos de Capitan, y el resto en casarse ella misma con un hombre muy honrado que la hizo olvidar el mal rato que había pasado con Barba-azul.

MORALEJA.

¡Oh! cuanto es tentador el dulce encanto de la curiosidad engañadora!
Mas, ¡ay! que la traidora tantas veces tambien nos cuesta tanto.
Ejemplos cada día, tendremos á porfía de esta verdad. Que en nada nuestro decir ofenda al sexo hermoso; pero es cierto un placer bien veleidoso, porque apenas gustada su dulzura es perdida, y dolor deja siempre en la partida.

OTRA MORALEJA.

Por dos dedos de frente y un cuarto de meollo que en este mundo pícaro le toque á cualquier prójimo, y entienda cuatro cosas de su continuo embrollo, verá que la historieta, (sino que sea un gran tonto) de tiempos que pasaron ha mucho, un cuento es solo, pues ya ahora en los nuestros no se hallará un esposo por mucho que le busquen

tan fiero como el otro, ni que pida imposibles, porque tal fué su antojo.
Por descontentadizo que sea y por celoso, si está con su pareja vércisle tan juicioso, tan bueno y tan amable, que haga dudar á todos, á pesar de las barbas, del bigote y del moño, si entre los dos el amo es el uno ó el otro.

LAS HADAS.

Esta era una viuda que tenía dos hijas, la mayor se la parecía tanto en genio y en figura que el que la veía, veía á la madre; ambas eran tan desagradables y orgullosas que no se podía tratar con ellas. La pequeña, que era el vivo retrato de su padre por su dulzura y honradez, era además una de las muchachas más lindas que se había visto. Como naturalmente ama uno á su semejante, esta madre estaba loca por la hija mayor y al mismo tiempo tenía una gran aversión á su hija menor, haciéndola comer en la cocina y trabajar sin cesar.

Entre otras cosas tenía que ir esta pobre muchacha dos veces al día por agua á media legua larga del lugar y traer un gran cántaro lleno. Un día que fue á esta fuente vino á pedirle de beber una pobre mujer. Sí, buena mujer, dijo la muchacha, y enjugando al punto su cántaro, cogió agua en el mejor sitio de la fuente y se la presentó, sosteniendo siempre el cántaro para que pudiese beber más cómodamente.

Después de haber bebido la pobre mujer, la dijo:—Sois tan bella, tan buena y tan amable, que no puedo menos de haceros un don (pues era una hada que había tomado la forma de una pobre aldeana para ver hasta donde llegaba la bondad de aquella joven). Os doy por don, prosiguió el hada que á cada palabra que digais os salga de la boca ó una flor ó una piedra preciosa.

Cuando la muchacha llegó á su casa, su madre la regañó por haber venido tan tarde de la fuente.

Perdonéme usted madre mía, dijo esta pobre niña, por haber tardado tanto; y al decir esto le salieron de la boca dos rosas, dos perlas y dos diamantes.

—¿Qué veo? dijo su madre asombrada. ¡Creo que le sale de la boca perlas y diamantes! ¿Cómo es eso, hija mía? (Fue la primera vez que la llamó su hija.)

La pobre niña le contó sencillamente todo lo que la había pasado, no sin echar una infinidad de diamantes.

—Verdaderamente dijo la madre, es menester que envíe á mi hija. Mira, Paquita, mira lo que sale de la boca de tu hermana cuando habla, bien podías tener el mismo don! No tienes más que ir por agua á la fuente y cuando una pobre mujer te pida de beber, dársela con agrado.

—¿Estaría bueno, respondió la bruta, que fuese yo á la fuente!

—Quiero que vayas, repuso la madre, y al momento.

Fué allí, pero siempre gruñendo. Cogió el jarrón más chico de plata que había en la casa, y apenas hubo llegado á la fuente, cuando vió salir del bosque una señora magníficamente vestida que la pidió de beber: era la misma hada que había tomado la forma y el traje de la primera, para ver hasta donde llegaba la descortesía de esta muchacha.



¡Y qué! madre mía, respondió la bruta echando dos eulebras y dos sapos.

—¿He venido aquí, dijo esta bruta orgullosa, para daros de beber? Justamente he traído mi jarrón de plata espesamente para daros de beber y podeis hacerlo hasta que os harteis.

—¿Sois muy poco atenta, dijo la hada sin encolerizarse. ¡Bien! pues que tan poco complaciente sois, os doy por don que á cada palabra que digais os salga de la boca un sapo ó una eulebra. En cuanto su madre la vió, la dijo; ¡Y qué! hija mía.

—¡Y qué! madre mía, respondió la bruta, echando dos eulebras y dos sapos.

—¡Cielos! gritó la madre, ¿qué veo? Su hermana tiene la culpa, ya me las pagará; y diciendo esto fué á pegarla; pero la pobre niña se escapó y fué á salvarse en la selva inmediata. El hijo del Rey que volvía de caza, la encontró y viéndola tan bella, la preguntó lo que hacía allí sola y por que lloraba.

—¡Ay! señor, mi madre me ha echado de casa.

El hijo del Rey que vió salir de su boca cinco ó seis perlas y otros tantos diamantes, la pidió que le dijese cómo era aquello. Le contó su aventura. El hijo del Rey se enamoró de ella y consideran-

do que semejante don valía más que todo lo que pudiesen dar en dote á otra, la llevó al palacio del Rey su padre, donde se casó con ella.

En cuanto á su hermana, se hizo tan aborrecible que su misma madre la echó de casa, y la desgraciada después de haber andado corriendo sin hallar nadie que quisiera recibirla, fué á morir á un rincón de un bosque.

MORALEJA.

Dicen que dadas quebrantan peñas.

Bien puede ser; pero hay palabras tan halagüeñas, que acaso tengan mayor poder.

OTRA MORALEJA.

Trabajos y afanes nos suele costar ser hombres de bien; mas tarde ó temprano se llega á alcanzar un premio tambien.

MAESE GATO O EL GATO CON BOTAS.

Un molinero no dejó más bienes á tres hijos que tenía que un molino, un asno y un gato. Al instante se hicieron las particiones, sin llamar al escribano ni al procurador, pues bien pronto se hubieran comido el pobre patrimonio. Al mayor le tocó el molino, al segundo el asno y al más pequeño no le tocó más que el gato. Este último no podía consolarse de tener un lote tan pobre.—Mis hermanos, decía él, podrán ganarse la vida honradamente reuniéndose; pero cuando yo me haya comido el gato y haya hecho un manguito de su piel, me moriré de hambre.

El gato que estaba oyendo el discurso, pero sin darse por entendido, le dijo con un aire serio y sosegado:—No os aflijais amo mio; no tenéis más que darne un saco y mandarme hacer un par de botas para ir á las malezas, y vereis como no os ha tocado tan mala parte como creéis.

Aunque el amo del gato no se fiase mucho de esto, le había visto hacer tantas habilidades para coger ratas y ratones, ya colgándose por los pies, ya ocultándose en la harina para hacerse el muerto, que no desesperó de ser socorrido en su miseria. Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se puso las botas y poniéndose el saco al cuello, cogió los cordones con las manos y se fué á un soto donde había gran número de conejos. Metió salvado y cerrajas en el saco y echándose como si estuviese muerto, aguardó que algún gazapillo, poco instruido aun de los artificios del mundo, viniese á meterse en su saco para comer lo que había puesto en él. Apenas se echó, cuando se puso muy contento; un gazapillo aturdido entró en su saco; y maese gato tirando al punto de los cordones, le cogió y le mató sin misericordia. Muy contento con la presa, fué á palacio y pidió hablar al Rey. Se le hizo subir á la habitación de S. M. y al entrar, hizo una gran reverencia al Rey y le dijo:—Aquí traigo, señor, un conejo de campo que el señor Marqués de Carabas (este era el nombre que se le había antojado poner á su amo) me ha encargado de presentaros de su parte.

—Dí á tu amo, respondió el Rey, que se lo agradezco y que me alegro mucho.

Otra vez fué á ocultarse á un trigo teniendo siempre el saco abierto, y cuando hubieron entrado dos perdices, tiró de los cordones y las cogió. Fué en seguida á presentarlas al Rey como había hecho con el conejo de campo. El Rey recibió tambien con gusto las dos perdices y le mandó dar para beber. Así continuó el gato durante dos ó tres meses, llevando al Rey de cuando en cuando alguna pieza de la caza de su amo.

Un día que supo que el Rey debía ir á paseo á la orilla del río con su hija, la Princesa más linda del mundo, dijo á su amo:—Si quereis seguir mi consejo, tenéis hecha vuestra fortuna: no tenéis más que bañaros en el río en el paraje que os indicaré y luego dejarme obrar.

El Marqués de Carabas hizo lo que le aconsejó su gato, sin saber de que serviría esto.

Mientras se estaba bañando fue á pasar el Rey y el gato se puso á gritar con toda su fuerza:—¡Socorro! ¡Socorro! que se ahoga el señor Marqués de Carabas!

A estos gritos, sacó el Rey la cabeza por la portezuela y reconociendo al gato que tantas veces le había llevado caza, mandó á sus guardias que fuesen pronto á socorrer al Marqués de Carabas. Mien-

tras que sacaban al pobre Marqués del agua, se acercó el gato al coche y dijo al Rey que mientras su amo se bañaba, habían venido unos ladrones y se habían llevado sus vestidos, aunque se puso á gritar al ladrón con todas sus fuerzas: el tunante los había escondido bajo una gran piedra. El Rey mandó al momento á los oficiales de su guardarropa que fuesen á buscar uno de sus mejores vestidos para el señor Marqués de Carabas. El Rey le hizo mil agasajos; y como el magnífico traje que acababan de darle realizaba su figura (pues era muy buen mozo) la hija del Rey le halló muy á su gusto; y apenas la dirigió el Marqués de Carabas dos ó tres miradas muy respetuosas y algo tiernas, se enamoró locamente de él. El Rey le hizo subir en su coche mismo. El gato muy gozoso de ver que empezaba á conseguirse su intento, tomó la delantera, y habiendo encontrado á unos aldeanos en un prado, les dijo:—Buenos hombres que segáis, si no decís al Rey que el prado que segáis, pertenece al señor Marqués de Carabas os pica á todos como carne de pastel.—El Rey no dejó de preguntar á los segadores de quien era el prado que segaban.—Es del señor Marqués de Carabas, dijeron todos, pues la amenaza del gato les había intimidado.

—Teneis una hacienda buena, dijo el Rey al Marqués de Carabas. —Ya veis, señor, respondió el Marqués, es un prado que no deja de producir abundantemente todos los años.

Maese gato que iba siempre delante, encontró á unos segadores y les dijo: «Buenos hombres que segáis, si no decís al Rey que todos los trigos que segáis pertenecen al señor Marqués de Carabas, os pica á todos como carne de pastel.» El Rey que pasó un momento después quiso saber de quien eran todos los trigos que veía.—Son del señor Marqués de Carabas, respondieron los segadores, y el Rey felicitó tambien al Marqués.

El gato que iba delante del coche decía siempre lo mismo á todos los que encontraba y el Rey estaba asombrado de los cuantiosos bienes del Marqués de Carabas.

Maese gato llegó en fin á un hermoso castillo, cuyo dueño era un ogro, el más rico que se había visto, pues todas las tierras por donde había pasado el Rey eran dependientes de este castillo. El gato tuvo cuidado de informarse de quien era este ogro y lo que sabía hacer, y pidió hablarle diciéndole que no había querido pasar tan cerca de su castillo sin tener el honor de saludarle. El ogro le recibió tan políticamente como puede hacerlo un ogro, y le mandó descansar.

—Me han asegurado, dijo el gato, que tenéis el don de trasformaros en toda clase de animales; que podiais por ejemplo trasformaros en leon, en elefante.

—Es verdad, respondió el ogro bruscamente, y para probaroslo, vais á verme trasformado en leon.

El gato se asustó tanto de ver á un leon ante sí, que al momento se fue al tejado, no sin trabajo y peligro, á causa de las botas que no servían para andar sobre las tejías. Poco tiempo después habiendo visto el gato que el ogro había tomado su primera forma, bajó y confesó que había tenido mucho miedo.

—Me han asegurado tambien, dijo el gato, pero no puedo creerlo, que tenéis tambien la facultad de tomar la forma de los animales más pequeños; por ejemplo de trasformaros en una rata, un ratón; pero os confieso que todo esto lo tengo por imposible.

—¡Imposible! repuso el ogro, vais á verlo; y al mismo tiempo se trasformó en un ratón y se puso á correr por el suelo.

Apenas le vió el gato se echó encima y se le comió.

El rey que vió al pasar el magnífico castillo del ogro, quiso entrar. El gato que oyó el ruido del coche que pasaba el puente levadizo, corrió delante del Rey y le dijo:—sea bien venida V. M. al castillo del señor marqués de Carabas!

—¿Cómo, señor marqués, dijo el Rey, es tambien vuestro este castillo?

No hay nada mejor que este parque y que todos estos edificios que le rodean; veamos el interior si gustais.

El marqués dió la mano á la joven Princesa, y siguiendo al rey que subía el primero, entraron en una gran sala, donde encontraron un magnífico refresco que el ogro había hecho preparar para sus amigos que debían venir aquel mismo día, pero que no se habían atrevido á entrar sabiendo que estaba allí el Rey. Encantado este de las buenas cualidades del señor marqués de Carabas, lo mismo que su hija, que estaba loca por él, y viendo los cuantiosos bienes que poseía, le dijo después de beber cinco ó seis tragos:

—En vos consiste, señor marqués, que no seáis mi yerno.

El marqués haciendo grandes cumplimientos, aceptó el honor que le hacía el rey, y aquel mismo día se casó con la Princesa.

El gato se hizo un gran señor, no corriendo ya atrás de los ratones más que para divertirse.

MORALEJA.

Por cierto es gran cosa poder heredar de padres á hijos un rico caudal;

mas para mí tengo que para medrar la maña y la industria valdrán algo más.

...OTRA MORALEJA.

Si el hijo de un molinero tan alto pudo aspirar y un corazón encontrar en régio pecho altanero; si en su mirar hechicero la princesa pidió amor á su feliz amador, es la prueba mas segura que el traje y buena figura son siempre el medio mejor.

LA BELLA DURMIENDO EN EL BOSQUE.

Había en cierta ocasión un Rey y una reina que estaban tan fastidiados por no tener hijos, tan fastidiados, que no se podría explicar. Tomaron todas las aguas del mundo; votos, peregrinaciones, todo lo pusieron en ejecución, pero de nada servía. En fin, la reina llegó á ser madre y dió á luz una hija. Se la bautizó con toda pompa y tuvo por madrinas todas las hadas que se pudieron encontrar en el país (se hallaron siete), á fin de que haciéndola cada una de ellas un don, según la costumbre de las hadas en aquel tiempo, tuviese la Princesa por este medio todas las perfecciones imaginables. Después de las ceremonias del bautismo, toda la compañía volvió al palacio del Rey, donde se dispuso un gran festín para las hadas. Se puso delante de cada una de ellas un cubierto magnífico con un estuche de oro macizo donde había cuchara, tenedor y cuchillo de oro fino guarnecido de diamantes y rubíes. Cuando cada una tomó su lugar en la mesa, se vió entrar una vieja, hada que no se había convidado porque hacia mas de cincuenta años que no salía de una torre creyéndola muerta ó encantada. El rey la mandó dar un cubierto, pero no hubo medio de darle un estuche de oro macizo como á las demás, porque no se habían hecho mas que siete para las siete hadas. La vieja creyó que se la despreciaba y murmuró entre dientes algunas amenazas.

Una de las hadas jóvenes que estaba cerca de ella, la oyó, y juzgando que podría dar algún mal don á la infanta, fue, cuando se levantaron de la mesa, á esconderse tras de la tapicería, á fin de hablar la última, y de poder reparar, en cuanto la fuese posible, el mal que hubiese hecho la vieja. Entretanto las hadas empezaron á hacer sus dones á la Princesa. La mas joven le dió por don que sería la mujer mas bella del mundo; la siguiente que tendría un genio como un ángel; la tercera que tendría una gracia admirable para todo lo que hiciese; la cuarta que bailaría muy bien; la quinta que cantaría como un ruiseñor, y la sexta que tocaría toda clase de instrumentos con suma perfección.

Tocó el turno á la vieja y meneando la cabeza con mas despecho que vejez, dijo que la Princesa se atravesaría la mano con un huso y que moriría de resultas. Este terrible don hizo estremecer á toda la compañía y no hubo nadie que no llorase. En aquel momento salió la joven hada de detrás de la tapicería y dijo en alta voz estas palabras: —Calmaos rey y reina, que vuestra hija no morirá; es verdad que no tengo bastante poder para deshacer enteramente lo que ha hecho la vieja: la Princesa se atravesará la mano con un huso; pero en lugar de morirse, caerá solamente en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales el hijo de un rey vendrá á despertarla.

El rey, procurando evitar la desgracia anunciada por la vieja, mandó publicar al punto un edicto por el que se prohibía á todas el hilar con huso, ni tener husos en su casa, so pena de la vida. Al cabo de quince ó diez y seis años, habiendo ido el Rey y la reina á una casa de recreo, sucedió que la joven Princesa corriendo un día por el castillo y subiendo de cuarto en cuarto, fue hasta lo alto de un torreón en un pequeño desván, donde una buena mujer estaba sola hilando con su rueca. Esta buena mujer no había oído hablar de las prohibiciones que había hecho el Rey de hilar con huso. —¿Qué haceis ahí buena mujer? dijo la Princesa.

—Estoy hilando, niña, dijo la vieja que no la conocía. —¡Ay, qué bonito es eso! repuso la Princesa: ¿cómo lo hacéis? Dadme á ver si puedo hacer lo mismo.

Apenas cogió el huso, como era muy viva y un poco aturdida, y por otra parte el destino de las hadas lo mandaba así, se atravesó la mano con él y cayó desmayada. La buena de la vieja, sumamente turbada, pidió socorro; de todas partes vinieron, echaron agua en el rostro de la Princesa, la aflojaron, la golpearon las manos, la frotaron las sienes con agua de la reina de Hungría; pero nada la hacía volver. Entonces el rey, que había subido al ruido, se acordó de la predicción de las hadas, y juzgando que esto tenía que suceder, pues

las hadas lo habían dicho, hizo poner á la Princesa en el mejor cuarto de palacio, en una cama bordada de oro y plata. Estaba tan bella que se hubiera dicho que era un ángel, porque su desmayo no había quitado los vivos colores de su tez; sus mejillas eran encarnadas, y sus labios de coral; tenía solamente los ojos cerrados, pero se la oía respirar dulcemente, lo que hacia ver que no estaba muerta.

El Rey mandó que la dejasen dormir tranquilamente hasta que llegase la hora de despertar. La buena hada que la había salvado la vida condenándola á dormir cien años, se hallaba en el reino de Mataguin, á doce mil leguas de allí, cuando sucedió esto á la Princesa; pero fue avisada al instante por un enano que tenía botas de siete leguas (eran unas botas con las que se andaban siete leguas de cada zancada). La hada partió al punto, y al cabo de una hora se la vió llegar en un carro de fuego tirado por dragones. El Rey la dió la mano al bajar del carro. Ella aprobó todo lo que había hecho; pero como era sumamente previsora pensó que cuando la Princesa se despertase, se vería muy confusa al encontrarse sola en aquel antiguo castillo. Hé aquí lo que hizo: tocó con su varita todo lo que había en el castillo (excepto al Rey y la Reina), ayas, damas de honor, camareras, gentiles-hombres, oficiales, gefes de cocina, cocineros, marmitones, galopines, guardias, suizos, pajes, criados; tocó tambien todos los caballos que había en las caballerizas con los palafreneros, los grandes mastines del patio y la pequeña Pouffe, perrita de la Princesa que estaba junto á ella en la cama. En cuanto los tocó se durmieron todos para no despertarse sino al mismo tiempo que su ama, á fin de estar prontos á servirla, cuando lo necesitase. Los mismos asadores que estaban al fuego llenos de peridices y faisanes se durmieron juntamente con el fuego. Todo esto se hizo en un momento, pues las hadas no eran largas en sus tareas. Entonces el Rey y la Reina, después de haber besado á su querida hija sin que se despertase, salieron del castillo, publicando bandos para que no se acercasen. Estos bandos no eran necesarios, porque en un cuarto de hora creció alrededor del parque un número tan grande de árboles grandes y pequeños, y de zarzas y espinos enlazados unos con otros, que no hubieran podido pasar hombres ni animales; de suerte que no se veía mas que lo alto de las torres del castillo, aunque de bien lejos. No se dudó que la hada hubiese hecho alguna cosa para que mientras dormía la Princesa, no tuviese nada que temer de los curiosos.

Al cabo de cien años, el hijo del Rey que reinaba entonces y que era de diferente familia que la Princesa dormida, fue á caza por aquel lado y preguntó qué eran aquellas torres que se veían en aquel bosque tan espeso. Cada uno le respondió según lo que había oído: unos decían que era un castillo antiguo donde había duendes; otros, que todas las brujas de la comarca celebraban allí sus fiestas. La opinión mas comun era que vivía allí un ogro y que llevaba allí todos los niños que podía coger para poderlos comer á su gusto, sin que nadie le pudiese seguir, pues solo él tenía la facultad de poder pasar al través del bosque.

El Príncipe no sabía á qué atenerse, cuando un viejo aldeano tomó la palabra y dijo: —Príncipe mio, hace mas de cincuenta años que he oído decir á mi padre que en este castillo había una Princesa lo mas lindo que se había visto; que debía dormir allí cien años y que sería despertada por el hijo de un rey á quien estaba reservada.

El joven Príncipe, al oír esto, se sintió lleno de fuego; creyó sin dudar que pondría fin á semejante aventura y guiado por el amor y por la gloria, resolvió ver al momento lo que era.

Apenas avanzó hacia el bosque, todos aquellos grandes árboles, las zarzas y los espinos se apartaron para dejarle pasar.

Marchó hacia el castillo que veía al final de una gran calle donde entró; pero lo que le sorprendió fue que ninguno de los que le acompañaban pudo entrar, porque los árboles se reunieron en cuanto hubo pasado. No dejó de continuar su camino, pues un príncipe joven y enamorado siempre es valiente.

Entró en un gran patio, donde todo lo que vió era capaz de darle de espanto: había un silencio espantoso; por todas partes se presentaba la imagen de la muerte, y no había mas que cuerpos de hombres y de animales que parecían muertos. Sin embargo, bien pronto conoció en la nariz granujienta y la cara encarnada de los suizos que no estaban mas que dormidos; y las tazas donde había aun algunas gotas de vino, mostraban que se habían dormido bebiendo. Pasó á un gran patio embaldosado de mármol, subió la escalera, entró en la sala de guardias, que estaban colocados en fila con las carabinas al hombro y roncando á mas y mejor. Atravesó muchos cuartos llenos de damas y gentiles-hombres durmiendo todos, unos de pié y otros sentados. Entró en una habitación toda dorada y vió en una cama, cuyas cortinas estaban descubiertas por todos lados, el mejor espectáculo que había visto nunca, una princesa que parecía tener quince ó diez y seis años y cuyo brillo resplandeciente tenía alguna cosa de luminoso y divino. Se acercó trémulo y admirado y se puso de rodillas junto á ella. Entonces acabándose el encantamiento se despertó la Princesa, y mirándole con ojos mas tiernos de lo que permitía la primera entrevista, le dijo: —¿Sois vos, Príncipe mio? Bien nos habeis hecho esperar. Encantado el príncipe de sus

palabras y mas aun del modo de decir las, no sabía como manifestarle su reconocimiento y alegría, asegurándole que la amaba mas que á sí mismo. Aunque sus discursos eran mal ordenados, le agradaban así mas. Estaba él mas confuso que ella, lo cual no debe extrañar, porque ella tuvo tiempo de pensar lo que le había de decir, pues parece (sin embargo de que la historia no dice nada de esto) que la buena hada durante aquel largo sueño la proporcionó agradables visiones. En fin, cuatro horas hacia que se hallaban y aun no se habían dicho la mitad de las cosas que tenían que decirse.

Entre tanto todos los del palacio se despertaron con la Princesa; cada uno pensó en hacer su oficio, y como no estaban todos enamorados, se morían de hambre. Impaciente la dama de honor dijo en alta voz á la Princesa que estaba la mesa puesta. El Príncipe ayudó á levantar á la Princesa que estaba magníficamente vestida; pero se guardó muy bien de decirle que estaba vestida como su abuela, es decir á la antigua, pues no era menos linda por eso. Pasaron á un salon cubierto de espejos y cenaron allí servidos por los oficiales de la Princesa. Los violines y oboes tocaron piezas antiguas pero excelentes, aunque hacia cerca de cien años que no se tocaban; é inmediatamente despues de cenar, el limosnero mayor los casó en la capilla del castillo, y la dama de honor corrió las cortinas. Durmieron poco, la Princesa no tenía muchas ganas y el Príncipe la dejó por la mañana para ir á la ciudad donde su padre estaria con cuidado por él. El Príncipe le dijo que se había perdido cazando en el bosque y que había dormido en la cabaña de un carbonero que le dió á comer pan negro y queso. El Rey su padre que era un buen hombre, lo creyó; pero su madre no se quedó convencida; y viendo que casi todos los dias iba de caza y que nunca le faltaba alguna excusa, cuando pasaba dos ó tres noches fuera, no dudó que tuviese algun amorcillo. Vivió con la Princesa mas de dos años y tuvo de ella dos hijos, de los que al primero que era una niña la pusieron por nombre Aurora y al segundo que era un niño Lucero, pues parecía aun mas hermoso que su hermana. La Reina decia muchas veces á su hijo para hacerle hablar, que era preciso pasar agradablemente la vida; pero nunca se atrevió él á fiarla su secreto: aunque la amaba, la temía, pues era de raza de ogros, no habiéndose casado el Rey con ella sino porque era muy rica. Aun se decia que tenía inclinaciones de ogro y que al ver pasar á los niños, tenía que contenerse para no arrojarse sobre ellos; por eso el Príncipe no quiso decirle nunca nada. Pero cuando el Rey murió al cabo de dos años y él se vió dueño, declaró públicamente su matrimonio y fué con gran ceremonia á buscar á su mujer y sus hijos al castillo, haciendo una entrada magnífica en la capital. Poco tiempo despues tuvo el Rey que ir á la guerra contra el Emperador Cantalabutto, su vecino, y dejó encargada la regencia á su madre, recomendándole mucho su mujer y sus hijos. Tenia que estar en la guerra todo el verano; y así que partió, envió la Reina madre á su nuera y sus hijos á una casa de campo para poder saciar mas fácilmente su horrible deseo. A los pocos dias fué allí y dijo una tarde á su cocinero: —Mañana quiero comer á la pequeña Aurora.

—Pero señora! dijo el cocinero.

—Lo mando, dijo la Reina (y lo dijo en tono de ogro que desea comer carne fresca) y la quiero comer compuesta á la Robert.

El pobre hombre viendo que no había que andar jugando con una ogra, cogió su cuchilla y subió al cuarto de la pequeña Aurora que tenia entonces cuatro años y vino saltando y riendo á echarse á su cuello pidiéndole bombones. Se echó á llorar y el cuchillo se le cayó de las manos; fué al corral degolló un corderillo y le hizo una salsa tan buena que su ama le aseguró no haber comido nunca una cosa mejor.

Al mismo tiempo cogió á la pequeña Aurora y se la dió á su mujer para que la ocultase en la habitación que tenían al fondo del corral; ocho dias despues la malvada Reina dijo á su cocinero: —Quiero que me pongas para cenar á Lucerito.

No replicó, resuelto á engañarla como la otra vez. Fué á buscar á Lucerito y le encontró con un florete en la mano batiéndose con un gran mono, sin embargo de que no tenía mas que tres años. Le llevó á su mujer que le escondió con la pequeña Aurora y dió en su lugar un cabrito muy tierno que la ogra encontró admirablemente bueno.

Todo había ido bien hasta entonces; pero una tarde, aquella malvada Reina dijo al cocinero: —Quiero comer á la Reina con la misma salsa que sus hijos.

Entonces fué cuando el pobre cocinero desesperó de poderla engañar aun. La joven Reina tenia veinte años cumplidos, sin contar los cien años que había estado durmiendo, así que su piel estaba un poco dura aunque bella y blanca, por lo que no había medio de encontrar en el corral un animal tan duro. Tomó pues la resolución, para salvar su vida, de degollar á la Reina y subió á su cuarto con ánimo de no retardarlo. Entró furioso, puñal en mano en el cuarto de la joven Reina; mas no queriendo sin embargo sorprenderla, la dijo muy respetuosamente la orden que había recibido de la Reina madre.

—Cumplida, dijo ella tendiendo el cuello, ejecutad la orden que vos han dado; iré á ver á mis pobres hijos que tanto he amado. Ella los creía muertos desde que se los habían quitado sin decirle nada.

No, no, señora, respondió enternecido el pobre cocinero, no morireis, ni dejareis de ver á vuestros hijos, porque os llevaré á mi casa donde los he ocultado, y engañaré tambien á la Reina, haciéndola comer una corza en vuestro lugar.

La llevó en seguida á su cuarto, donde la dejó abrazando á sus hijos y llorando con ellos y fué á componer una corza que la Reina cenó con el mismo apetito que si hubiese sido la joven Reina. Estaba muy satisfecha de su crueldad y se preparaba á decir al Rey á su regreso que unos lobos rabiosos se habían comido á su mujer y á sus hijos.

Una tarde que andaba rodando, como ordinariamente por los patios del castillo para descubrir alguna carne fresca, oyó en una sala baja á Lucerito que lloraba porque su madre le queria castigar por alguna travesura y á la pequeña Aurora que pedia perdón para su hermano. La ogra reconoció la voz de la Reina y de sus hijos y furiosa por haber sido engañada, mandó á la mañana siguiente con una voz que hacia temblar á todos, que se llevase en medio del patio una gran cuba llena de víboras, sapos, culebras y serpientes para echar allí á la Reina y sus hijos, al cocinero, su mujer y su criada, dando el orden de que los llevasen con las manos atadas á la espalda. Ya estaban allí y se preparaban los verdugos á echarlos en la cuba, cuando el Rey, á quien no se esperaba tan pronto, y que había venido en posta entró á caballo en el patio y preguntó asombrado lo que significaba aquel horrible espectáculo. Nadie se atrevía á decirle lo que la ogra rabiosa de ver aquello, se echó de cabeza en la cuba, donde fué devorada al instante por los muchos animales que había dentro. El Rey no dejó de sentirlo, pues era su madre; pero bien pronto se consoló con su linda mujer y sus hijos.

MORALEJA.

Aguardar por algun tiempo marido rico y galan, apuesto y de buen carácter es cosa muy natural. Pero esperarle durmiendo en vano cien años mas, muchacha ya no se encuentra para tanto descansar. Esta fábula pretende enseñaros ademas,

que los lazos de himenno no menos dulces serán porque se diferan; antes en ello habrán de ganar. Pero si hay tal entusiasmo por la fé matrimonial en las jóvenes solteras, ¿de qué modo habré de hallar valor en mí para irles con semejante moral?

CENICIENTA O LA ZAPATILLA DE CRISTAL.

Habia en una ocasión un gentil-hombre que casó en segundas nupcias con una mujer la mas altiva y orgullosa que se había visto nunca. Tenia esta dos hijas lo mismo que ella y que se la parecían en todo. El marido tenia tambien una hija, pero de una dulzura y bondad sin ejemplo; se parecia en esto á su madre que era la mejor mujer del mundo.

Apenas se casaron, hizo estallar su mal humor la madrastra no pudiendo sufrir las buenas cualidades de aquella hija, que hacia á las suyas aun mas aborrecibles. La encargó las ocupaciones mas bajas de la casa; ella era quien limpiaba la vajilla y las escaleras, quien limpiaba el cuarto de la señora y sus hijas, durmiendo arriba en un granero sobre un mal jergón, mientras que sus hermanas estaban en cuartos entarimados, donde tenían camas muy elegantes y espejos donde se miraban de piés á cabeza. La pobre joven lo sufría todo con paciencia y no se atrevía á quejarse á su padre, que la hubiera reprendido, pues su mujer le dominaba enteramente. Cuando concluía su tarea se ponía en un rincón de la chimenea sentada en las cenizas, por lo que comunmente la llamaban Cenicienta. Sin embargo Cenicienta, con sus vestidos malos, no dejaba por eso de ser cien veces mas bella que sus hermanas, aunque magníficamente vestidas.

Sucedió que el hijo del Rey dió un baile al que convidó á todas las personas notables, invitando tambien á nuestras dos señoritas que hacían gran viso en el país. Hélas ya muy ocupadas en elegir los vestidos y adornos que les sentarian mejor. Nuevo trabajo para Cenicienta que tenia que repasar la ropa de sus hermanas y almidonar las mangas. No hablaban mas que del modo como se habían de vestir. —Yo, decia la mayor, me pondré el vestido de terciopelo encarnado y mi guarnición á la inglesa. —Pues yo, dijo la menor, llevaré mi vestido ordinario, pero en cambio me pondré el capotillo floreado de oro y mi aderezo de diamantes que no es de los peores. Enviaron á buscar al peluquero para que las arreglase el tocado; y compraron lunares muy bien hechos. Llamaron á Cenicienta para pedirle su pa-

recer, pues tenía muy buen gusto y esta las aconsejó lo mejor y aun se ofreció á peinarlas, lo cual aceptaron. Mientras las peinaba la decían: Cenicienta, ¿irías de buena gana al baile? ¡Ay! señoritas, os burláis de mí; no es eso lo que me hace falta.—Tienes razón, pues se reirían mucho si vieran á una Cenicienta ir al baile. Otra que no hubiera sido ella las hubiera peinado mal; pero era tan buena que las peinó perfectamente. Cerca de dos días estuvieron sin comer de alegría. Rompieron mas de doce cordones para apretarse el talle, y siempre estaban mirándose al espejo. En fin, llegó el día feliz y partieron, siguiéndolas Cenicienta con la vista todo el tiempo que pudo. Cuando las dejó de ver, se echó á llorar. Su madrina que la vio llorando la preguntó que tenía.

—Desearia... desearia... y lloraba tanto que no pudo acabar.

Su madrina que era hada, la dijo:—Desearias ir al baile, no es verdad?—¡Ay! sí, dijo Cenicienta suspirando.—Pues bien, dijo su madrina, si eres buena, irás. La llevó á su cuarto y la dijo:—Vé al jardín y traeme una calabaza. La Cenicienta fué al instante á cojer la mejor que encontró y la llevó á su madrina, no pudiendo adivinar como la calabaza la haría ir al baile. Su madrina la ahuecó, y no dejando mas que la corteza, la dió con su varita y al momento se convirtió la calabaza en un magnífico coche dorado. En seguida fué á la ratonera, donde hallando seis ratones aun vivos, dijo á Cenicienta que levantasé un poco las puertas y á cada ratón que salía le daba un golpe con su varita, convirtiéndose en seguida en un hermoso caballo, y así tuvo un magnífico tiro de seis caballos torcidos. Como no sabía de que hacer un cochero, dijo Cenicienta voy á ver si hay algún ratón en la ratonera y haremos de él un cochero.—Tienes razón dijo su madrina, vé á ver. Cenicienta le llevó la ratonera donde habia tres ratones grandes y la hada cogió uno de los tres que tenía buena barba y tocándole, se transformó en un gran cochero con unos bigotes muy buenos. En seguida la dijo:—Vé al jardín y traeme seis lagartos que encontrarás detrás de la regadera. Apenas los llevó, cuando su madrina los convirtió en seis lacayos que subieron á la trasera del coche con sus vestidos galoneados y que se tenían tan bien como si no hubiesen hecho otra cosa en toda su vida. Entonces dijo el hada á Cenicienta. ¡Ahora bien! ahí tienes con que ir al baile; ¿estás contenta? Sí, pero iré así con este traje tan malo? No hizo mas que tocar la madrina con la varita y al mismo tiempo sus vestidos se cambiaron en otros de tela de oro y plata todos recamados de piedras; en seguida la dió un par de zapatillas de cristal muy bonitas. Así dispuesta subió en el coche; pero su madrina la recomendó ante todo que viniese antes de las doce de la noche, advirtiéndola que si permanecía en el baile un momento mas, su coche se volvería calabaza, los caballos ratones, los lacayos lagartos y sus vestidos tomarían su primera forma. Prometió á su madrina que saldría del baile antes de las doce y partió sumamente gozosa.

El hijo del Rey á quien dieron parte de la llegada de una gran Princesa que no conocían, fué á recibirla dándole la mano para bajar del carruaje y la llevó al salón donde estaba la sociedad. Entonces hubo un gran silencio; cesaron de bailar y de tocar los violines para contemplar la gran belleza de aquella desconocida. No se oía mas que el ruido confuso de «¡Qué hermosa es!» El mismo Rey, aunque era viejo, no cesaba de mirarla, diciendo por lo bajo á la Reina que hacia mucho tiempo que no habia visto una joven tan bella y tan amable. Todas las damas examinaban atentamente su adorno y su traje para ver si podían hacerse al día siguiente otros iguales, si encontraban telas tan bonitas y artistas tan hábiles. El hijo del Rey la llevó al sitio mas honorífico y en seguida la sacó á bailar, haciéndolo con tanta gracia que se admiraron aun mas. Llevaron un refresco muy bueno que el joven Príncipe no probó, pues estaba muy entretenido en examinarla. Fué á sentarse junto á sus hermanas y las colmó de atenciones, obsequiándolas con naranjas y limones que la habia dado el Príncipe lo que les asombró mucho porque no la conocían. Estando hablando oyó la Cenicienta dar las doce menos cuarto y haciendo un gran saludo á la sociedad, se fué lo mas pronto que pudo. En cuanto llegó fué á ver á su madrina y dejando de darle las gracias, la dijo que desearia mucho ir al día siguiente al baile á que le habia convidado el Príncipe. Estando muy ocupada en contar á su madrina lo que la habia pasado en el baile, llamaron las dos hermanas á la puerta: la Cenicienta fué á abrir.

—¡Cuánto habeis tardado! les dijo bostezando, frotándose los ojos y estráñose como si se acabase de despertar, sin embargo de que no habian tenido ganas de dormir desde que se habian separado.—Si hubieses venido al baile no te hubieras fastidiado, la dijo una de sus hermanas; mira, ha ido una Princesa la mas linda que se ha visto nunca, nos ha hecho mil cumplimientos y nos ha dado naranjas y limones. La Cenicienta no cabía en sí de gozo, les preguntó el nombre de la Princesa pero la respondieron que no la conocían; que el hijo del Rey le sentía mucho y que daría cualquiera cosa por saber quien era. La Cenicienta se sonrió y les dijo:—¡Era pues tan bella? Jesús ¡que dichosas sois! ¿no podría yo verla? ¡Ay! señorita Javotte, prestadme el vestido amarillo que os poneis todos los días.

—Justamente, dijo la señorita Javotte, estoy de ese parecer; pres-

tar su vestido á una mala Cenicienta como está! sería preciso que estuviese loca.

La Cenicienta aguardaba esta respuesta y se alegró mucho porque se hubiera visto muy confusa, si su hermana hubiera consentido en prestarla su vestido.

Al día siguiente fueron las dos hermanas al baile y la Cenicienta también, pero aun mas adornada que la primera vez.

El hijo del Rey estaba siempre junto á ella y no cesaba de decirle requiebros que la joven no se cansaba de oír, olvidando lo que la habia mandado su madrina, de modo que al oír dar las doce cuando creía que no eran mas que las once, se levantó y huyó tan ligera como una corza. El príncipe la siguió mas no pudo alcanzarla. Dejó caer una zapatilla de cristal que el Príncipe recogió cuidadosamente. La Cenicienta llegó á su casa muy desalentada, sin coche, sin lacayos y con sus vestidos malos, no habiéndola quedado de toda su magnificencia mas que una zapatilla de cristal compañera de la que se le habia caído.

Preguntaron á los guardias de la puerta de palacio, si habian visto salir una Princesa y contestaron que no habian visto salir mas que una joven mal vestida que tenía mas trazas de aldeana que de señorita.

Cuando las dos hermanas volvieron del baile, la Cenicienta las preguntó si se habian divertido mucho y si habia estado aquella hermosa señora; la dijeron que sí, pero que se habia ido al dar las doce y tan apriesa que habia dejado caer una de sus zapatillas de cristal muy bonita que recogió el hijo del Rey, que no habia hecho este mas que mirarla durante todo el baile y que seguramente debía estarenamorado de la bella persona á quien pertenecía aquella zapatilla. Decían bien, porque poco tiempo despues, el hijo del Rey publicó á son de trompeta que se casaría con aquella á quien le viniese la zapatilla. Empezaron á probársela las Princesas, despues las Duquesas y toda la corte pero en vano. La llevaron á casa de las dos hermanas que hicieron todo lo posible por hacer entrar la zapatilla pero no lo pudieron conseguir. La Cenicienta que las estaba mirando y que reconoció su zapatilla, dijo riéndose:—¡A ver si me viene!

Sus hermanas se echaron á reír, burlándose de ella.

El gentil-hombre encargado de probar la zapatilla habiéndola mirado con atencion, y encontrándola muy linda, dijo que era muy justo y que tenía orden de que se la probasen todas las doncellas. Hizo sentar á la Cenicienta y acercando la zapatilla á su pequeño pié vió que entraba sin dificultad y que la venia tan justa como si fuera de cera. El asombro de las dos hermanas fue grande, pero aun lo fue mas, cuando Cenicienta sacó de un bolsillo la otra zapatilla y se la puso. En esto llegó la madrina y dando un golpe con su varita en los vestidos de la Cenicienta los convirtió en otros aun mejores que todos los demas.

Entonces sus dos hermanas la reconocieron por la hermosa señora que habia estado en el baile y se echaron á sus piés, pidiéndola perdón del mal trato y de todo lo que la habian hecho sufrir; pero la Cenicienta las levantó y las dijo abrazándolas que las perdonaba de todo corazón y que las rogaba la amasen siempre.

Así adornada la llevaron á palacio. El joven príncipe la halló aun mas hermosa que nunca y pocos días despues se casó con ella. La Cenicienta, que era tan buena como hermosa, llevó sus dos hermanas á palacio y las casó el mismo día con dos grandes señores de la corte.

MORALEJA.

Tesoro de gran valía,
queridas, es la belleza;
tesoro es cuya alabanza
no basta el hacerse lenguas.
Mas al natural gracejo
¿quién puede haber que se atreva
á poner precio por grande,
por inaudito que sea?
No lo ignoró la madrina
de la bella Cenicienta;
tales lecciones la dió
que al fin logró verla Reina.
Oid, las que sois hermosas,
lo que este cuento os enseña:
Don de hadas verdadero
y que os volverá hechiceras;
en mas os valdrá la gracia
que galas ni que preseas.
Sin ella no podreis nada;
todo lo podreis con ella.

OTRA MORALEJA.

Sin duda que es gran ventaja
nacer con cierto despejo,

y venir en línea recta
de esclarecidos abuelos;
tener valor y destreza
y claro el entendimiento
amen de mil otras prendas
con que favorece el cielo
á algunos de entre los hombres
aunque en verdad que á los menos.
¡Mas tan envidiados dones
os podrán traer provecho
si un padrino ó una madrina
no vienen á hacerlos buenos?

RIQUET EL DEL MOÑO.

Esta era una Reina que tuvo un hijo tan feo que por largo tiempo se dudó si tenía forma humana. Una hada que asistió á su nacimiento, aseguró que no dejaría de ser amable porque tendría mucho talento, añadiendo también que en virtud del don que acababa de hacerle, podría dar tanto talento como quisiese á la persona que mas amase. Todo esto consoló un poco á la pobre Reina que estaba muy afligida de haber dado á luz un niño tan feo. Es cierto que apenas empezó á hablar este, decía mil cosas buenas, y que en todas sus acciones habia un no sé qué espiritual que le hacia encantador. Se me olvidaba decir que nació con un mechón de pelos en la cabeza, por lo que le llamaban Riquet el del moño, pues Riquet era el nombre de familia.

Al cabo de siete á ocho años la Reina de un reino vecino tuvo dos hijas. La primera que nació era mas hermosa que el sol; la Reina estaba tan contenta que se temía la hiciese daño aquella alegría escesiva. La misma hada que habia asistido al nacimiento del pequeño Riquet el del moño, estaba allí presente y para moderar el gozo de la Reina, la declaró que aquella princesa no tendría talento y que sería tan estúpida como bella.

Esto mortificó mucho á la Reina; pero aun tuvo mayor pesar poco tiempo despues, pues la segunda hija que dió á luz era estremadamente fea.

—No os aflijais, señora, dijo la hada, vuestra hija tendrá en recompensa tanto talento que casi no se apercibirán de su falta de belleza.

—¡Dios lo quiera! respondió la Reina; ¿pero no habria algun medio de dar un poco de talento á la mayor que es tan hermosa?

—Señora, no puedo hacer nada por ella en cuanto al talento, dijo la hada, y si en cuanto á hermosura, y en prueba de que deseo servir, la concedo el don de poder hacer hermosa la persona que le guste.

A medida que estas dos princesas iban creciendo, se iban también perfeccionando, no habiéndose por todas partes mas que de la hermosura de la mayor y del talento de la menor. Es verdad que sus defectos aumentaron también con la edad, pues la pequeña era cada día mas fea, y la mayor tan estúpida que ó no respondía nada cuando la preguntaban ó decía alguna tontería; era además tan torpe que no podia poner cuatro adornos de porcelana encima de la chimenea sin romper uno, ni beber un vaso de agua sin verterse la mitad en los vestidos.

Aunque la hermosura sea una gran ventaja en una joven, sin embargo, en todas las reuniones preferían casi siempre la menor á la mayor. Al principio se iban al lado de la mas hermosa para verla y admirarla, pero bien pronto se ponían al lado de la que tenía mas talento para oírle decir mil cosas buenas, asombrándose uno de ver que en menos de un cuarto de hora no habia nadie junto á la mayor, y que todos estaban alrededor de la pequeña. La mayor, aunque mas estúpida observó esto, y de buena gana hubiera dado toda su hermosura por la mitad del talento de su hermana. La Reina, aunque era muy prudente, no podia menos de echarla en cara muchas veces su bestialidad, lo que estuvo á punto de hacer morir de pena á aquella pobre Princesa.

Un día que se habia retirado á un bosque para llorar allí su desgracia, vió venir hacia ella á un hombrecillo bastante desagradable, pero magníficamente vestido. Era el joven príncipe Riquet el del moño que habiéndose enamorado de ella por los retratos que corrían por todas partes, habia dejado el reino de su padre por tener el placer de verla y hablarla. Muy contento por hallarla sola, se acercó á ella con todo el respeto y política imaginable, y observando despues de saludarla, que estaba muy triste, la dijo:—No comprendo, señora, cómo una persona tan hermosa como vos pueda estar tan triste; pues aunque puedo vanagloriarme de haber visto infinitas de bellezas, puedo decir que no he visto nunca una que iguale á la vuestra.

—Eso lo queréis decir, respondió la Princesa, y se paró allí.

—La hermosura, replicó Riquet el del moño, es una ventaja tan grande que debe superar á todo; y cuando se posee, no veo que haya nada que os pueda afligir mucho.

—Mejor quisiera, dijo la Princesa, ser tan fea como vos y tener talento, que ser tan hermosa y tan bestia como soy.

—No hay nada, señora, que indique mas talento que el creer que no se tiene, siendo este bien de tal naturaleza que cuanto mas se tiene, mas se desea.

—Yo no sé esto, dijo la princesa, pero sí que soy muy bestia y de aquí viene el pesar que me mata.

—Si no es mas que eso, señora, lo que os aflige, puedo fácilmente poner término á vuestro dolor.

—¿Y cómo? preguntó la Princesa.

—Tengo la facultad, señora, dijo Riquet el del moño, de dar todo el talento que quiera á la persona que mas ame, y como vos sois esta persona, en vos está el tener todo el talento que queráis, con tal que os caseis conmigo. La Princesa se quedó cortada y no respondió nada.—Ya veo, prosiguió Riquet el del moño, que esta proposición os ha causado pena y no me asombro de ello; por lo tanto os doy un año entero para resolveros.

La Princesa que tenía tan poco talento y al mismo tiempo unas ganas tan grandes de tenerlo, se figuró que nunca llegaría el fin de este año, de suerte que aceptó la proposición.

Apenas prometió á Riquet el del moño, casarse con él dentro de un año, se sintió diferente de lo que era antes; teniendo una facilidad increíble de decir todo lo que queria de una manera fina, fácil y natural. Desde aquel momento empezó una conversacion galante sostenida con Riquet el del moño, donde habló tanto, que este creyó haberla dado mas talento del que se habia reservado para sí.

Cuando volvió á palacio, no sabia qué pensar toda la corte de un cambio tan súbito y extraordinario, pues tantas impertinencias como la habian oído decir antes, tantas cosas sensatas é infinitamente espirituales la oían ahora, por lo que toda la corte estaba sumamente gozosa, excepto su hermana menor, que no teniendo ya sobre su hermana la ventaja del talento, parecia á su lado un objeto despreciable. El Rey tomaba su parecer y aun algunas veces tenía consejo en su cuarto.

Habiéndose esparcido el ruido de semejante cambio, todos los príncipes jóvenes de los reinos vecinos, se esforzaron en hacerse amar de ella, pidiéndola casi todos en matrimonio; pero no encontró ninguno que tuviese bastante talento, y los escuchaba á todos, sin comprometerse con ninguno. Sin embargo, se presentó uno tan poderoso, tan rico, de tanto mérito y tan buen mozo, que no pudo menos de inclinarse á él. Habiéndolo notado el padre, la dijo que la dejaba libre la eleccion de esposo, y que no tenía mas que decir cual. Como cuanto mas talento se tiene, mas trabajo cuesta el tomar una resolución sobre este punto, despues de dar las gracias á su padre, pidió que la diese algun tiempo para pensar en ello. Yendo por casualidad á pasearse al mismo bosque en que habia encontrado á Riquet el del moño, con objeto de reflexionar mas cómodamente sobre lo que debía hacer, oyó un ruido sordo bajo sus piés, como de muchas personas que van y vienen y se agitan, y habiendo prestado mas atencion, oyó que uno decía: trae esa caldera; el otro, echa leña al fuego. Al mismo tiempo la tierra se abrió y vió bajo sus piés una gran cocina llena de cocineros, marmitones y toda clase de oficiales necesarios para preparar un magnífico festín. Salió de ella una banda de veinte ó treinta marmitones, que fueron á acamparse en una calle del bosque alrededor de una larga mesa y todos con la aguja de mechar en la mano y el gorro sobre la oreja, se pusieron á trabajar al compás de una canción armoniosa. Asombrada la Princesa de semejante espectáculo, les preguntó para qué trabajaban, y el principal de ellos le respondió: que para las bodas de Riquet el del moño, que se habian de celebrar al día siguiente.

La Princesa, aun mas sorprendida de lo que estaba, y acordándose de repente que en semejante día hacia un año habia prometido casarse con el Príncipe Riquet el del moño, quedó aturdida. La causa de que no se acordase, era, que cuando hizo aquella promesa era una bestia, y que al tomar el talento que el Príncipe la habia dado, olvidó todas sus tonterías. Apenas habia andado treinta pasos, cuando se presentó ante ella Riquet el del moño, apuesto, magnífico y como un Príncipe que se va á casar.

—Ya veis, señora, la dijo, que cumplo exactamente mi palabra, y no dudo que vendreis aquí á cumplir la vuestra y á hacerme, dándome vuestra mano, el mas feliz de los hombres.

—Os confieso francamente, respondió la Princesa, que aun no he tomado resolución sobre esto, y que no creo tomarla nunca como la deseais.

—Me asombráis, señora, repuso Riquet el del moño.

—Ya lo creo, dijo la Princesa, y os aseguro que si hablase un bruto á un hombre de talento, me vería confusa. Una Princesa debe cumplir su palabra, me diría, y es preciso que os caseis conmigo, pues me lo habeis prometido; pero como sé que hablo con un hombre de talento, estoy segura que se convencerá. Ya sabeis que cuan-

do no era mas que un bruto, no pude resolverme á daros la mano. ¿Cómo quereis que teniendo el talento que me habeis dado, y que me hace mas delicada que antes en punto á personas, tome hoy una resolución que no pude tomar entonces? Si estabais resuelto á casaros conmigo, habeis hecho mal en quitarme mi estupidez, haciéndome ver mas claro que antes.

—Si un hombre sin talento, respondió Riquet el del moño, podia muy bien, como acabais de decir, echaros en cara vuestra falta de palabra, ¿por qué quereis, señora, que no haga yo lo mismo en una cosa de que depende la felicidad de toda mi vida? ¿Es justo que las personas de talento sean de peor condicion que las que no lo son? ¿Lo pretendéis acaso vos que teneis tanto y que tanto lo habeis deseado? Pero vengamos al hecho si gustais: fuera de mi fealdad, ¿hay en mí alguna cosa que os desagrade? ¿Estais disgustada de mi nacimiento, de mi carácter, ó de mis maneras?

—De ningun modo, contestó la Princesa, amo en vos todo lo que acabais de decirme.



Eso lo quereis decir, respondió la Princesa, y se paró allí.—Pág. 9.

—Siendo esto así, repuso Riquet el del moño, soy feliz, pues podéis hacerme el hombre mas hermoso.

—¿Cómo puede ser eso? dijo la Princesa.

—Eso será si me amais lo bastante para desearlo así, respondió Riquet el del moño; y para que no lo dudeis, sabed que la misma hada que el día de mi nacimiento me concedió el don de poder dar talento á la persona que quisiese, os ha concedido tambien el don de embellecer á aquel que amáreis y quisiérais hacer este favor.

—Si eso es así, dijo la Princesa, deseo de todo corazón que os volvais el príncipe de mejor figura del mundo y os hago este don, tanto como está en mi mano.

Apenas la Princesa pronunció estas palabras, cuando Riquet el del moño, se le apareció el hombre mas hermoso y mas amable del mundo. Algunos aseguran que no fueron los encantos de la hada, sino el amor el que hizo esta manifestacion. Dicen que habiendo reflexionado la Princesa en la perseverancia de su amante, en su discrecion y en las buenas cualidades de su alma y de su espíritu, no vió la deformidad de cuerpo ni la fealdad de su rostro; su joroba no le pareció mas que el buen aire de un hombre cargado de espaldas; y en lugar de que hasta entonces le habia visto cojear horriblemen-

te, no le halló sino cierto aire inclinado que la encantaba. Dicen tambien que sus ojos que eran vizcos, le parecieron muy brillantes, su desarreglo pasó en su imaginacion por señal de un violento amor, y en fin, su gran nariz encariada tenia para ella algo de marcial y de heróico. Como quiera que sea, la Princesa le prometió casarse al instante con él, con tal que obtuviese el consentimiento del Rey, su padre. Este, sabiendo que su hija queria mucho á Riquet el del moño, al que por otra parte conocia como un príncipe sabio y prudente, le aceptó con placer por yerno suyo. Al día siguiente se celebraron las bodas segun lo habia previsto Riquet el del moño, y segun las órdenes que ya habia dado de antemano.

MORALEJA.

Mas bien que una ficcion, solo es la pura verdad la que se encierra en este cuento. En todo lo que se ama hay hermosura; lo que hermoso se cree tiene talento.

OTRA.

En un objeto en quien naturaleza reuna la belleza mas acabada con la tez mas pura, y de cuyos colores y sin igual frescura en vano pretendieran los pintores trasladarnos la célica pureza, menos podrá el encanto de tal primor y tanto que el no sé qué invisible y el agrado que tan solo al amor hallar es dado.

PULGARCILLO.

Habia en una ocasion unos leñadores que tenian siete hijos, todos varones; el mayor no tenia mas que diez años, y el menor tenia siete. Cualquiera se asombrará de que el leñador tuviese tantos hijos en tan corto tiempo; pero era que su mujer tenia generalmente dos de cada vez. Eran muy pobres y sus hijos les incomodaban mucho porque ninguno de ellos podia ganarlo. Lo que tambien les daba pena, era que el menor era muy delicado y no hablaba palabra, tomando por estupidez lo que era efecto de la bondad de espíritu. Era muy pequeño, y cuando nació, era casi como el dedo pulgar, lo que hizo que le llamasen Pulgarcillo, siendo este pobre niño el paga-culpas de la casa, sin embargo de que era el mas astuto y prudente de todos sus hermanos, pues si hablaba poco escuchaba mucho.

Vino un año muy malo, siendo tan grande el hambre que aquellas pobres gentes determinaron deshacerse de sus hijos. Una noche que estos estaban acostados y que el leñador estaba al fuego con su mujer, la dijo con el corazón traspasado de dolor:—Ya ves que no podemos mantener nuestros hijos, y no pudiendo verlos morir de hambre, estoy resuelto á dejarlos perdidos mañana en el bosque, lo que será muy fácil, pues mientras se entretienen en hacer haces, nos escapamos sin que nos vean.

—¡Ay! exclamó la leñadora, serias capaz de dejar perder á tus hijos? Por mas que su marido la hacia ver su pobreza, no podia consentir en ello, pues aunque pobre, era su madre. Sin embargo considerando cual seria su dolor al verlos morir de hambre, consintió en ello y se fue á acostar llorando.

Pulgarcillo oyó todo lo que dijeron, pues habiendo oido en su cama que hablaban de asuntos, se levantó callandito y se puso bajo el escabel de su padre para escucharlos sin ser visto. En seguida volvió á acostarse, y no durmió en toda la noche, pensando en lo que habia de hacer. Se levantó muy temprano y yendo al borde de un arroyo, se llenó los bolsillos de chinitas blancas y en seguida volvió á casa.

Partieron, pero Pulgarcillo no dijo nada de lo que sabia á sus hermanos; y llegaron á una selva muy espesa, donde á diez pasos de distancia no se veian unos á otros. El leñador se puso á cortar leña y sus hijos á recoger ramitas para formar haces. Los padres viéndolos ocupados en trabajar, se alejaron de ellos insensiblemente, y luego se escaparon de repente por un sendero oculto.

Cuando sus hijos se vieron solos, empezaron á gritar y á llorar con toda su fuerza. Pulgarcillo los dejó gritar, sabiendo bien por donde habian de volver á casa, pues al marchar habia ido dejando caer á lo largo del camino las chinitas blancas que tenia en los bolsillos. Así que les dijo:—No tengais miedo, hermanos: padres nos han dejado aquí, pero yo os llevaré á casa, seguidme. Efectivamente los llevó hasta su casa por el mismo camino que habian ido á la selva. No

se atrevieron á entrar en seguida; pero se pusieron junto á la puerta á escuchar lo que decian sus padres.

En cuanto los leñadores llegaron á su casa, el señor del lugar les envió diez escudos que hacia tiempo les debia y que no esperaban cobrar. Esto les volvió la vida, porque los pobres se morian de hambre. El leñador envió al instante á su mujer á la carniceria, y como hacia mucho tiempo que no habian comido, compró tres veces mas carne de la necesaria para cenar dos personas. Cuando estuvieron satisfechos, dijo la leñadora:—¡Ay! ¿dónde estarán ahora mis pobres hijos? Qué bien comerian lo que nos ha sobrado. Tú eres, Guillermo, el que los has querido perder; bien decia yo que nos arrepentiríamos: ¿qué harán ahora en esa selva? ¡Ay! Dios mio, quizás los habrán comido los lobos: eres muy inhumano para haber perdido así á tus hijos!

Al fin se cansó el leñador, porque ella repitió mas de veinte veces que bien decia, que se arrepentiria, y amenazó pegarla si no se callaba. Y no es que el leñador no estuviese quizás mas apesadumbrado aun que su mujer, sino que ella le aturdia la cabeza, siendo lo mismo que otros muchos que quieren mas á las mujeres que dicen bien, que no á las que lo repiten que han dicho. La leñadora estaba siempre llorando:—¡Ay! ¿dónde estarán ahora mis pobres hijos? Lo dijo una vez tan alto, que ellos que estaban á la puerta la oyeron, poniéndose á gritar todos: ¡aquí estamos! aquí estamos! Fue corriendo á abrirles la puerta, y les dijo abrazándoles: cuánto me alegro de volveros á ver, hijos míos! estareis muy cansados y muertos de hambre: y tú Pierrot cómo estás de lodo, ven acá te limpiaré. Este Pierrot era su hijo mayor á quien queria mas que á los otros, porque era un poco rubio como ella. Se pusieron á la mesa y comieron con un apetito que daba gusto á sus padres, á quienes contaron el miedo que habian tenido en la selva, hablando casi todos á un tiempo. Estas buenas gentes estaban muy contentas de volver á ver á sus hijos, y esta alegría duró mientras duraron los escudos; pero cuando estos se acabaron, volvieron á apesadumbrarse, resolviendo perderlos aun, y para no errar el golpe, llevarlos mucho mas lejos que la primera vez.

No hablaron de esto tan en secreto que no lo oyese Pulgarcillo, pensando salir de esto conforme lo habia hecho ya: pero aunque se levantó temprano para ir á coger chinitas, no lo pudo conseguir, porque halló cerrada la puerta de la casa.

No sabia qué hacer, cuando habiéndoles dado la leñadora á cada uno un pedazo de pan para almorzar, pensó servirse del pan en lugar de las chinitas, echando migas por donde fuesen, así que se le guardó en el bolsillo. Sus padres los llevaron al sitio del bosque mas espeso y oscuro, y luego que estuvieron allí, ganaron una senda oculta y los dejaron.

Pulgarcillo no se apesadumbró mucho por eso, pues creia hallar fácilmente el camino por medio del pan que habia ido echando por donde pasaron; pero se quedó bien sorprendido cuando no encontró una sola miga, pues los pájaros se las habian comido todas. Hélos ya muy afligidos, pues cuanto mas andaban, mas se internaban en el bosque.

Vino la noche y se levantó un gran viento, que les causó mucho miedo: creian no oír por todas partes mas que los alaridos de los lobos que venian á comerlos; así que no se atrevian á hablar ni á moverse. En esto empezó á caer una gran lluvia, que les caló hasta los huesos: á cada paso se resbalaban y caian en el lodo, de donde se levantaban todos manchados, no sabiendo que hacerse. Pulgarcillo saltó á un árbol para ver si descubria algo, y mirando por todas partes, divisó una pequeña luz como de una bugia, pero que estaba muy lejos de la selva. Bajó del árbol, y cuando estuvo en el suelo ya no veia nada: esto les desconsolaba mucho. Sin embargo, marchando por algun tiempo con sus hermanos hacia donde habia divisado la luz, la volvió á ver á la salida del bosque. Llegaron en fin á la casa donde estaba aquella luz, no sin grandes sustos, porque frecuentemente la perdian de vista. lo que sucedia siempre que pasaban por alguna hondonada. Llamaron á la puerta y viniendo á abrirles una buena mujer, les preguntó lo que querian.

Pulgarcillo la dijo que eran unos pobres niños que se habian perdido en el bosque, y que pedian les recogiese por caridad. La mujer viéndolos tan guapos, se echó á llorar, diciéndoles:—¡Ay! hijos míos, ¿dónde habeis venido? sabeis que esta es la casa de un ogro, que se come los niños?

—¡Ay! señora, la respondió Pulgarcillo temblando, así como sus hermanos, ¿qué haremos? Es bien seguro que los lobos de la selva nos van á comer esta noche, si no quereis recogerlos, y siendo así, mejor queremos que ese señor nos coma, quizás tenga lástima de nosotros, si le suplicais vos.

La mujer del ogro, creyendo poder ocultarlos á su marido hasta el día siguiente, los dejó entrar y los llevó á calentar á una buena lumbre, donde habia un carnero entero en el asador para la cena del ogro. Estándose calentando oyeron dos ó tres golpes á la puerta: era el ogro que volvia. Al instante los escondió su mujer bajo la cama y fue á abrir. El ogro preguntó en seguida si la cena estaba dispuesta y si habia sacado vino, y al momento se puso á la mesa. El carnero estaba aun chorreando sangre, pero así le pareció mejor. En esto

empezó á olfatear á un lado y á otro, diciendo que olia á carne fresca.

—Será sin duda la ternera que acabo de preparar, dijo su mujer. —Te digo que huele á carne fresca, repuso el ogro, mirando á su mujer de medio lado, aquí hay alguna cosa oculta, y diciendo esto se levantó de la mesa dirigiéndose á la cama. ¡Ah! maldita mujer, dijo, con que me querias enganar! No sé como no te como á tí tambien, la fortuna es que eres un animal ya viejo. Hé aquí caza muy á propósito para obsequiar á tres ogros amigos míos, que me han de venir á ver un día de estos, y los sacó de debajo de la cama uno tras otro. Los pobres niños se pusieron de rodillas pidiéndole perdon; pero dieron con un ogro tan cruel, que lejos de compadecerse, los devoraba ya con la vista, diciendo á su mujer que serian un bocado exquisito despues de bien compuestos. Fue á por un cuchillo, y acercándose á los pobres niños, empezó á afilarle en una gran piedra que tenia en la mano izquierda. Ya habia cogido uno, cuando su mujer le dijo: ¿qué vas á hacer ya á la hora que es? ¿No tienes tiempo mañana?

—Cállate, respondió el ogro, así se les mortifica mas.

—Pero tienes aun mucha carne, repuso la mujer, hé aquí una ternera, dos carneros y medio cerdo.



Te digo que huele á carne fresca, repuso el ogro.

—Tienes razon, dijo el ogro, dales bien de cenar para que no enflaquezcan, y llévalos á acostar.

La buena mujer muy contenta, los dió bien de cenar, pero no pudieron hacerlo, pues estaban muy asustados. En cuanto al ogro, se puso á beber gozoso por tener con que obsequiar á sus amigos, y bebiendo algo mas de lo regular, se le subió á la cabeza, y tuvo que irse á acostar.

El ogro tenia siete hijas aun pequeñas, y todas tenian muy buen color, porque comian carne fresca como su padre; pero tenian ojos pardos, pequeños y redondos, nariz encorvada y una boca muy grande con dientes largos y agudos, muy separados unos de otros. Aun no eran muy malas, pero prometian serlo, pues ya mordian á los niños para chuparlos la sangre. Las habia acostumbrado temprano y todas siete estaban en una gran cama, cada una con una corona de oro en la cabeza. En el mismo cuarto habia otra cama igual, y aquí fue donde la mujer del ogro hizo acostar á los siete niños, despues de lo cual se fue á acostar con su marido.

Pulgarcillo, que habia notado que las hijas del ogro tenian unas

coronas de oro en la cabeza, y temiendo que el ogro tuviese algun remordimiento por no haberles degollado aquella misma noche, se levantó á media noche, y cogiendo las gorras de sus hermanos y la suya, las puso callandito á las siete hijas del ogro, despues de haberlas quitado sus coronas de oro, que se puso él y sus hermanos, á fin de que el ogro los tomase por sus hijas, y á estas por los niños que quería degollar.

Salió segun lo habia pensado, pues habiéndose despertado el ogro á media noche, le pesó haber diferido para el dia siguiente lo que podia ejecutar la vispera, así que saltó bruscamente de la cama y cogiendo su cuchillo, dijo:—Vamos á ver como están mis perillanes, no lo retardemos. Subió á tientas al cuarto de sus hijas y se acercó á la cama donde estaban los niños que todos dormian, escepto Pulgarcillo que tuvo mucho miedo, cuando sintió que el ogro le tocaba la cabeza, como habia ya tentado la de todos sus hermanos. Al tocar el ogro las coronas de oro, dijo:—¡Ciertamente iba á hacer buen negocio! Veo que he bebido anoche demasiado. Fué en seguida á la cama de sus hijas y habiendo tocado las gorras de los niños, dijo:—Aquí están mis picaruelos, veamos como se trabaja, y diciendo esto, degolló á sus siete hijas sin titubear. Muy contento de su expedicion se volvió á la cama. Así que Pulgarcillo oyó roncar al ogro, despertó á sus hermanos y les dijo que se vistiesen al instante y le siguiesen. Bajaron callandito al jardín y saltaron la tapia, corriendo casi toda la noche siempre temblando y sin saber á donde ir.

Habiéndose despertado el ogro dijo á la mujer: sube á arreglar los perillanes de anoche. La ogre se quedó asombrada de la bondad de su marido, no dudando de la manera que lo habia de arreglar y creyendo que la mandaba que los vistiese. Subió y se quedó muy sorprendida al ver á sus siete hijas degolladas y nadando en su sangre. Empezó por desmayarse (pues es lo primero que hacen todas las mujeres en semejantes casos). Temiendo el ogro que su mujer tardara demasiado en despachar el encargo que la habia dado, subió á ayudarla; pero no se quedó menos aturdido que su mujer al ver aquel horroroso espectáculo. ¡Ay! ¿qué es lo que he hecho? decía. Desgraciados, ya me las pagareis y pronto. Echó en seguida un vaso de agua en la cara á su mujer y haciéndola volver en sí, la dijo:—Dame al instante mis botas de siete leguas á ver si los puedo alcanzar.

Se puso en camino y despues de haber andado corriendo por todas partes, encontró al fin el camino por donde iban aquellos pobres niños que ya estaban á cien pasos de casa de sus padres. Vieron al ogro que iba de montaña en montaña atravesando ríos como si fueran arroyuelos. Pulgarcillo que vió un peñasco hueco próximo al lugar en que estaban, hizo esconder allí á sus seis hermanos y se metió él tambien, mirando siempre lo que hacia el ogro. Este que estaba muy cansado de lo mucho que habia andado inútilmente (pues las botas de siete leguas cansan mucho al que las lleva), quiso descansar y fué á sentarse casualmente en la misma boca en que estaban escondidos los niños. Como estaba sumamente fatigado, se durmió despues de haber descansado algun tiempo, y empezó á roncar tan espantosamente que los pobres niños estaban tan asustados como cuando tenia el cuchillo para degollarlos. Pulgarcillo que no tenia tanto miedo, dijo á sus hermanos que se fuesen corriendo á casa mientras el ogro dormia y que no tuviesen cuidado por él. Ellos siguieron su consejo y se marcharon al instante á casa.

Acercándose Pulgarcillo en seguida al ogro, le sacó con mucho cuidado las botas y se las puso. Estas eran muy grandes; pero como estaban encantadas, tenian el don de agrandarse ó achicarse segun la pierna del que se las pusiese, de suerte que le ajustaron tambien como si se hubieran hecho para él. Fué en seguida á casa del ogro, donde encontrando á su mujer que estaba llorando juntó á sus hijas degolladas la dijo:—Vuestro marido se halla en gran peligro, pues ha sido cogido por una banda de ladrones, que han jurado matarle si no les entrega todo su dinero. Cuando estaban ya para degollarle, me ha visto y me ha rogado os venga á avisar del peligro en que se halla, á fin de que me deis todo lo que tengais de valor sin guardar nada, porque sino le matarán sin misericordia. Como el asunto apremiaba, me ha dado sus botas de siete leguas para andar mas y al mismo tiempo para que no creais que soy un estafador. Muy asustada la pobre mujer le dió al instante todo lo que tenia, pues aunque el ogro se comiese los niños, no dejaba de ser buen marido. Y Pulgarcillo cargado con todas las riquezas del ogro volvió á casa de sus padres, donde fué recibido con mucha alegría.

Hay muchos que no están acordes sobre esta última circunstancia, pretendiendo que Pulgarcillo no hizo nunca aquel robo al ogro y que solo le quitó sin escrúpulo las botas de siete leguas, porque no se servia de ellas mas que para perseguir á los niños, asegurando saberlo de buena tinta y aun por haber comido y bebido en casa del leñador. Tambien aseguran que cuando Pulgarcillo se puso las botas del ogro se dirigió á la corte, donde sabiendo que estaban en gran cuidado por el éxito de una batalla que se habia dado á doscientas leguas de allí, fué á buscar al Rey y le dijo que si lo deseaba, le traeria noticias del ejército antes de concluirse el dia, prome-

tiéndole el Rey una gran cantidad de dinero si lo hacia así. Pulgarcillo trajo noticias en la misma tarde; y dándose á conocer en aquella primera expedicion ganaba lo que queria, pues el Rey le pagaba perfectamente para que llevase sus órdenes al ejército.

Despues de haber hecho por algun tiempo oficio de correo y de haber reunido mucho dinero, volvió á casa de sus padres donde no es posible imaginarse la alegría que tuvieron al verle. Estableció cómodamente á toda su familia, pues compró empleos nuevos para su padre y sus hermanos y hallándose ya colocados todos, pasó perfectamente su vida.

MORALEJA.

Nadie se aflija
porque hijos tenga
mientras á todos
robustos vea
de vida llenos
y de belleza.
Mas si raquítico
tal vez suceda
que nazca alguno
de quien la fea
figura, espanto
dé solo el verla,

al pobrecito
no hay quien le quiera
se le abandona,
se le desprecia,
se le hace burla,
se le saquea;
y sin embargo
no es cosa nueva
que á ese mostrenco
de estampa fea
toda la casa
su dicha deba.

LA PRINCESA PRUDENTE O LAS AVENTURAS DE ASTUTA.

A LA SEÑORA CONDESA DE MURAT.

Vos escribís en verso los mas lindos cuentos del mundo pero en versos tan dulces como naturales. Bien quisiera encantadora Condesa, deciros alguno á mi vez, sin embargo no sé si os agrada. Hoy estoy de humor del paisano gentil hombre pues no sé si contarosle en verso ó en prosa; nada de palabras pomposas, ni de Reinas, un giro sencillo me acomoda mas; en una palabra, una relacion natural, pues no busco mas que alguna moralidad.

Mi historieta tiene bastante y por eso os agrada. Está fundada en dos proverbios en lugar de uno; esa es la moda. Si os gustan, me acomodo al uso con placer.

Ya vereis como nuestros abuelos sabian que se cae en toda clase de desórdenes cuando se está ocioso, ó hablando como ellos que *la ociosidad es madre de todos los vicios* y sin duda os agrada su modo de persuadir. El segundo proverbio es decir: *que la desconfianza es madre de la seguridad*.

Hermosas, si el corazon
libre quereis conservar,
fijad la imaginacion
en alguna ocupacion.

Mas si es vuestra suerte amar
procurad como es debido,
y en esto poned empeño,
que antes que os haya vencido
amor, tengais conocido
á aquel que elegís por dueño.

Temed los tiernos vampiros
que en las calles apostados
no sabiendo que deciros
dan al aire mil suspiros
sin estar enamorados.

De aquellos desconfiad
que su amor os representan,
su corazon sondead
porque con toda beldad
siempre rendidos se ostentan.

De buenos enamorados
desconfiad finalmente
de esos que al punto abrasados
os juran apresurados
amores eternamente.

De esos locos juramentos
debeis burlaros tambien
pues serán vanos intentos
que á un alma en pocos momentos
podais sujetarla bien.

Evitad pues que un poco de amable confianza
no desarme muy presto vuestra severidad;
porque en vuestra justa desconfianza
está vuestro reposo, vuestra seguridad.

Sin pensar, señora, he hecho versos y en lugar de atenerme al gusto de Mr. Jourdain, he recitado segun el estilo de Quinault. Vuélvo pues al estilo sencillo por miedo de participar de los odios antiguos que tuvo aquel agradable moralista y por miedo de que se me acuse de que le robo y le destrozo, como tantos autores hacen sin piedad todos los dias.

Por el tiempo de las Santas Cruzadas un Rey de no sé que reino de Europa resolvió hacer la guerra á los infieles en la Palestina. Antes de emprender un viaje tan largo, puso en buen orden los asuntos de su reino y confió la regencia á un ministro tan hábil que estaba tranquilo por este lado. Lo que mas inquietaba á este Príncipe, era el cuidado de su familia, pues habia perdido á su esposa poco tiempo hacia, no dejándole ningun hijo, y sí tres Princesas casaderas. La crónica no me ha dicho sus verdaderos nombres y solamente sé que como en aquellos felices tiempos la sencillez de los pueblos ponía epítetos á las personas eminentes segun sus buenas ó malas cualidades, denominaban á la mayor de estas Princesas Indolente; á la segunda Parlante y á la tercera Astuta, nombres todos que tenian una justa relacion con los caracteres de estas tres hermanas.

Nunca se ha visto una cosa tan perezosa como era Indolente. Todos los dias se levantaba despues de la una, despeinada, los vestidos desabrochados y sin cintura y á veces una chinela de un modo y otra de otro. La arreglaban durante el dia, pero no podian conseguir que estuviese de otro modo que en chanclas, pues los zapatos la causaban una fatiga insoportable.

Despues de comer, se ponía al tocador, donde estaba hasta la noche; lo demas del tiempo hasta media noche, lo empleaba en jugar y en cenar; en seguida estaba casi tanto tiempo para desnudarse como habian estado para vestirla, no habiendo podido nunca lograr el acostarse antes del amanecer.

Parlante llevaba otro género de vida. Esta Princesa era muy viva, así que empleaba poco tiempo en su persona; pero tenia una gana de hablar tan grande que desde que se levantaba hasta que se acostaba, no cerraba su boca. Sabia la historia de los matrimonios buenos y malos, y de los amores no solamente de toda la corte, sino hasta de los mas sencillos ciudadanos. Llevaba cuenta de todas las mujeres que escatimaban algo en su casa para proporcionarse mayor lujo y estaba exactamente informada de lo que ganaba la doncella de tal Condesa y el cocinero de cual Marqués. Escuchaba todas estas pequenezas á su nodriza y á su costurera con mas gusto que si fuera á un embajador y despues aturdia con tan bellas historias desde el Rey, su padre, hasta á sus criados y lacayos, pues con tal que hablase, no se la importaba á quien.

El prurito de hablar produjo aun otro mal efecto en esta Princesa. A pesar de su elevado rango, su demasiada familiaridad dió margen á que algunos jóvenes cortesanos se atreviesen á requebrarla y ella escuchaba sus requebros sin cumplimiento, por tener el placer de responderles, pues á cualquier precio que fuese, era preciso que desde por la mañana hasta por la noche estuviese escuchando ó hablando. Parlante lo mismo que Indolente no se ocupaba nunca en reflexiones, ni en leer, no cuidándose tampoco de sus deberes domésticos, ni entretenerse con la aguja ó el uso. En fin, estas dos hermanas en su eterna ociosidad, no ocupaban nunca su espíritu ni sus manos.

La hermana menor de estas dos Princesas era de un carácter muy diferente. Nunca estaba ocioso ni su espíritu ni su persona, y tenia una vivacidad sorprendente, pero procuraba hacer buen uso de ella. Sabia bailar perfectamente, cantar y tocar algunos instrumentos; ejecutaba con una destreza admirable todas las labores de su sexo y ponía orden y arreglo en la casa del Rey, impidiendo con su cuidado las estafas de los subalternos, pues en aquel tiempo robaban á los Príncipes.

Sus talentos no se limitaban á esto; tenia mucho juicio y una presencia de espíritu tan maravillosa, que encontraba al momento medios para salir de cualquier asunto. Esta jóven Princesa descubrió con su penetracion un lazo peligroso que un Embajador de mala fé habia tendido al Rey, su padre, en un tratado que estaba este para firmar; para castigar la perfidia de este Embajador y de su amo, cambió el Rey el artículo del tratado y poniéndole en los términos que le habia dictado su hija, burló á su vez al engañador. Tambien descubrió esta Princesa una trampa que un ministro queria hacer al Rey y por los consejos que dió á su padre, hizo recaer la infidelidad de este hombre sobre sí mismo.

En otras muchas ocasiones dió la Princesa tantas muestras de su penetracion y agudeza de espíritu, que el pueblo la puso el nombre de Astuta. El Rey la queria mas que á las otras hijas, y fiaba tanto en su buen juicio, que si no hubiera tenido mas hijas que ella hubiera

marchado sin inquietud, pero desconfiaba de la conducta de las otras hijas, tanto como descansaba en la de Astuta. Así que para estar seguro de las acciones de su familia, como se creía estarlo de las de sus súbditos, tomó las medidas que voy á decir.

Vos que sois tan versada en toda clase de antigüedades, no dudo, encantadora Condesa, que habreis oido hablar cien veces del maravilloso poder de las hadas. El Rey de que os hablo, siendo amigo íntimo de una de estas hábiles mujeres, fué á verla y la hizo presente la inquietud en que estaba respecto á sus hijas.

No es, dijo este Príncipe que las dos mayores que me inquietan hayan hecho nunca la menor cosa contra su deber; pero como tienen tan poco talento, son tan imprudentes y viven en una ociosidad tan grande, temo que durante mi ausencia vayan á tomar parte en alguna loca intriga para entretenerse. En cuanto á Astuta, estoy seguro de su virtud; sin embargo, la trataré como á las demas para que estén iguales; por lo tanto, sabía hada, os suplico me hagais tres ruceas de cristal para mis hijas, y con tal arte, que cada rucea se rompa tan pronto como la persona á quien pertenezca, haga cualquier cosa contra su honor.

Como esta hada era de las mas hábiles, dió al Rey tres ruceas encantadas y trabajadas con todo el cuidado necesario para su objeto. Pero no contento con esta precaucion, llevó á las Princesas á una torre muy elevada situada en un lugar desierto y las prohibió salir de la torre, como tambien recibir á nadie absolutamente durante su ausencia. Las quitó todos sus criados de ambos sexos, y despues de haberlas dado las ruceas encantadas y espicádolas su cualidad, abrazó á sus hijas y cerrando las puertas de la torre, cuyas llaves guardó, partió en seguida.

Creeréis sin duda, señora, que estas Princesas se hallaban en peligro de morir de hambre; nada de eso: pues habian tenido cuidado de clavar en una de las ventanas de la torre una polea con una cuerda, á la que las Princesas ataban un cesto que bajaban todos los dias. En este cesto ponian sus provisiones diarias y despues de haberlo subido, metían la cuerda en la habitacion.

Indolente y Parlante llevaban en aquella soledad una vida que las desesperaba, fastidiándose hasta un punto que no se podia explicar; pero era preciso tener paciencia, pues la rucea era tan terrible que temian que el menor paso un poco equívoco la hiciese romper.

Por lo que hace á Astuta, no se fastidiaba tanto; el huso, la aguja y los instrumentos de música, la proporcionaban algun entretenimiento; ademas de esto por orden del ministro que gobernaba el Estado, ponian en el cesto de las Princesas cartas que las informaban de todo lo que pasaba dentro y fuera del reino. El Rey lo habia mandado así, y el ministro para hacerse propicio á las Princesas no dejaba de ser exacto sobre este punto. Astuta leia todas estas noticias con avidez y se divertia; pero sus dos hermanas no tomaban la menor parte en ello, pues decian que estaban demasiado tristes para poder divertirse con tan poca cosa; necesitando cuando menos una baraja para distraerse durante la ausencia de su padre.

Así pasaban tristemente su vida murmurando contra su destino y aun creo que no dejaron de decir: «Que vale mas nacer feliz que ser hijo de Rey.» Casi siempre estaban á las ventanas de la torre para ver al menos lo que pasaba en el campo.

Un dia que Astuta se hallaba ocupada en su cuarto, sus hermanas que estaban á la ventana vieron al pie de la torre una pobre mujer llena de harapos, que les pintaba su miseria muy patéticamente y las suplicaba con las manos juntas que la dejasen entrar en su castillo, diciéndolas que era una extranjera desgraciada que sabia muchas cosas y que las serviría con suma fidelidad. Al principio se acordaron las Princesas de la orden de su padre de no dejar entrar á nadie en la torre; pero Indolente estaba tan cansada de servirse ella misma y Parlante tan fastidiada de no tener mas que sus hermanas con quien hablar, que las ganas que tenia la una de que la sirviesen y la otra de tener con quien charlar, las resolvió á dejar entrar á la pobre extranjera.

—Piensas tú, dijo Parlante á su hermana, que la prohibicion del Rey se estiende á gente como esta desgraciada? Yo creo que la podemos recibir sin consecuencias.

—Haz lo que quieras, respondió Indolente. Parlante que no aguardaba mas que su consentimiento bajó al punto el cesto y metiéndose dentro la pobre mujer, la subieron las Princesas con ayuda de la polea.

Quando esta mujer se halló ante ellas, les disgustó el horrible desaseo de sus vestidos y quisieron darla otros; pero ella les dijo que ya los cambiaria al dia siguiente, que á la hora que era no pensaba mas que servirles. Apenas acabó de hablar, volvió Astuta de su cuarto, quedándose muy sorprendida de ver á esta desconocida con sus hermanas; estas la dijeron por qué razon la habian hecho subir, y Astuta, viendo que ya estaba hecho, disimuló su pesar por esta imprudencia.

Entre tanto, la nueva criada de las Princesas daba cien vueltas por el castillo, so pretexto de su servicio, pero en realidad para observar la disposicion del interior; pues no sé si dudareis ya, señora,

de que esta pretendida pobre era tan peligrosa en el castillo, como lo fué el Conde Ory en el convento donde entró disfrazado de abadesa fingitiva.

Por no entreteneros mas, os diré que esta mujer cubierta de harapos era el hijo mayor de un poderoso Rey vecino del padre de las Princesas. Este jóven Príncipe que era uno de los géminos mas astutos de su tiempo gobernaba enteramente al Rey su padre, no teniendo necesidad de mucha astucia para esto, pues este Rey era de un carácter tan dulce y benigno que le había puesto el nombre *Bondadoso*.

En cuanto al jóven Príncipe como no hacia nada sino por medio de artificios, los pueblos le habían puesto el sobrenombre de *Cauteloso*.

Tenia un hermano menor que estaba tan lleno de buenas cualidades como su hermano de defectos; sin embargo, á pesar de la diferencia de géminos, reinaba entre los dos una union tan perfecta, que á todo el mundo sorprendia. Además de las buenas cualidades de espíritu que poseía el Príncipe menor, la belleza de su rostro y la gracia de su persona eran tan notables, que le llamaban *Buena-Vista*.

El príncipe Cauteloso fué el que inspiró al embajador del Rey, su padre, aquel rasgo de mala fé, que la destreza de Astuta hizo recaer sobre ellos. Cauteloso, que no amaba mucho al Rey, padre de las Princesas, acabó por tomarle aversión; así, cuando supo las precauciones que había tomado este Príncipe respecto á sus hijas, sintió un maligno placer de poder engañar la prudencia de un padre tan desconfiado. Cauteloso obtuvo permiso del Rey, su padre, para emprender un viaje, bajo pretestos que él inventó, y tomó las medidas necesarias para poder entrar en la torre, como ya hemos visto.

Al examinar el castillo, este Príncipe observó que era fácil á las Princesas hacerse oír de los transeúntes y resolvió permanecer disfrazado durante todo el día, porque pudieran muy bien ellas, si lo advertían, llamar gente y hacerle castigar por su temeraria empresa. Conservó pues durante el día los vestidos y la facha de pobre de profesion y por la noche, despues de haber cenado las tres hermanas, Cauteloso se quitó los harapos que le cubrían dejando ver un traje de caballero todo cubierto de oro y pedería. Las pobres Princesas se asustaron tanto al verle, que todas huyeron con precipitacion. Astuta y Parlante como unas águilas llegaron pronto á su cuarto; pero Indolente que apenas podía andar, fue bien pronto alcanzada por el Príncipe.

Al instante se echó á sus piés declarándola quien era y diciéndola que la reputacion de su hermosura y sus retratos le había hecho abandonar una corte deliciosa por venir á ofrecerla sus votos y su fé. Indolente estaba al principio tan aturdida, que no podía responder al Príncipe que continuaba de rodillas; pero como la decia mil requiebros, y la hacia mil protestas, exhortándola con ardor á que le admitiese por esposo desde aquel momento, y además su malicia natural no la dejaba fuerzas para combatirle, dijo negligentemente á Cauteloso que le creia sincero y que aceptaba su fé, no observando mas formalidades que estas, para la conclusion de este matrimonio; pero en cambio perdió su rucua, pues se partió en mil pedazos.

Entre tanto Parlante y Astuta estaban en grande inquietud, pues cada una se había encerrado en su cuarto. Estos cuartos estaban bastante distantes uno de otro y como cada una de ellas ignoraba enteramente el destino de sus hermanas, pasaron la noche sin pegar los ojos.

A la mañana siguiente el malvado Príncipe llevó á Indolente á un cuarto bajo que caia al jardin y allí esta Princesa hizo presente á Cauteloso la inquietud en que estaba por sus hermanas aunque no se atrevia á presentarse á ellas por miedo de que desaprobasen su matrimonio. El Príncipe se encargó de obtener su aprobacion y despues de algunas palabras, salió y dejó encerrada á Indolente, sin que ella se apercibiese, yéndose en seguida á buscar á las Princesas. Por algun tiempo estuvo sin poder descubrir las habitaciones en que estaban encerradas; pero como Parlante tenia siempre tantas ganas de hablar, empezó á lamentarse sola y habiéndola oido el Príncipe, se acercó á la puerta de su cuarto y la vió por el agujero de la cerradura.

Cauteloso la habló desde afuera y la dijo, lo mismo que á su hermana, que había acometido la empresa de entrar en la torre, solo por ofrecerla su corazon y su fé. Ensalzó con exageracion su belleza y su talento; y Parlante que estaba muy persuadida de que poseia un mérito grande fué bastante loca para creer lo que el Príncipe la decia, y le respondió una porcion de palabras nada desagradables. Era preciso que esta Princesa tuviese un extraño furor de hablar para desquitarse como hacia en aquellos momentos, pues estaba en un terrible abatimiento, además de que no había comido nada en todo el día, por razon de que no tenia en su cuarto nada que comer. Como era de una pereza estrema y no pensaba nunca mas que en hablar, no precavía nada, así que cuando necesitaba alguna cosa, recurría á Astuta, y esta amable Princesa que era tan laboriosa y previsora, como lo eran poco sus hermanas, tenia siempre en su cuarto una infinidad de mazapanes, pasteles y dulces secos y en almibar que ella misma hacia. En fin, Parlante que no tenia esta ventaja, viéndose

apremiada por el hambre y por las tiernas protestas que le hacia el Príncipe desde fuera, abrió á este seductor, que cuando hubo abierto, representó perfectamente su papel delante de ella, pues lo llevaba bien estudiado.

En seguida salieron ambos de este cuarto y se fueron al refectorio del castillo, donde encontraron toda clase de refrigerios, pues el cesto proveia siempre de antemano á las Princesas. Parlante estaba al principio con cuidado por lo que seria de sus hermanas, pero luego se le puso en la cabeza, no sé con que fundamento, que estaban las dos encerradas en la habitacion de Astuta, donde no carecian de nada. Cauteloso hizo todo lo que pudo por confirmarla en esta idea y la dijo que irian á buscar á las Princesas por la noche, pero ella no se avino á esto y respondió que era preciso ir las á buscar despues de comer.

En fin, el Príncipe y la Princesa comieron juntos y muy acordes, y cuando hubieron acabado, Cauteloso pidió ir á ver la mejor habitacion del castillo: dió la mano á la Princesa que le llevó allí y luego que llegaron empezó á exagerar el cariño que la tenia y las ventajas que hallaria, casándose con él. La dijo, como á Indolente, que había de aceptar su fé al instante, porque si iba á buscar á sus hermanas antes de haberle recibido por esposo, no dejarían de oponerse á ello, porque siendo sin contradiccion el Príncipe vecino mas poderoso, parecia ser mejor partido para la mayor que para ella; y que por consiguiente esta Princesa no consentiria nunca en una union que deseaba con tanto ardor. Parlante, despues de hablar mucho sin decir nada, fué tan extravagante como su hermana; aceptó al Príncipe por esposo, no acordándose de su rucua de cristal, sino despues que se rompió en mil pedazos.

Por la noche, Parlante volvió á su cuarto con el Príncipe y lo primero que vió esta Princesa fué su rucua de cristal rota. Al verla se quedó turbada y el Príncipe la preguntó la causa de semejante turbacion. Como el furor de hablar la volvia incapaz de hacer nada, confesó tontamente á Cauteloso el misterio de las rucuas, teniendo este Príncipe un maligno gozo de que el padre de las Princesas se quedaria por este medio plenamente convencido de la mala conducta de sus hijas.

Sin embargo Parlante no estaba ya de humor de buscar á sus hermanas, pues temia con razon que no aprobase su conducta; pero el Príncipe se ofreció á ir las á buscar, diciéndola que no perdonaria medio á fin de persuadir las á que lo aprobasen. Con esta seguridad, la Princesa que no había pegado los ojos, se durmió y mientras tanto Cauteloso la encerró con llave, lo mismo que á Indolente.

No es cierto, bella Condesa, que Cauteloso era un gran malvado y estas dos Princesas unas cobardes é imprudentes? Yo estoy muy encolerizado contra todos y no dudo que lo esteis vos tambien; pero no os inquieteis, que ya serán tratados como se merecen, pues nadie triunfará mas que la sabia y animosa Astuta. Cuando este pérfido Príncipe hubo encerrado á Parlante, fue recorriendo una tras otra todas las habitaciones del castillo; y como las encontrase todas abiertas, menos una que había cerrada por dentro, sacó por consecuencia que aquella era seguramente donde se había retirado Astuta. Como había compuesto un discurso-circular, fué á recitar á la puerta de Astuta lo mismo que había dicho á sus hermanas; pero esta Princesa que no era tan tonta como ellas, le estuvo escuchando largo tiempo sin responderle. En fin, viendo que él sabia ya que se hallaba en aquel cuarto, le dijo, que si era cierto el amor tan grande y tan sincero como queria persuadirla, le suplicaba se bajase al jardin y cerrase la puerta tras él y despues ella le responderia cuanto gustase por la ventana de su cuarto que caia á dicho jardin.

Cauteloso no quiso aceptar aquel partido; y como la Princesa se empeñase en no querer abrir, este malvado Príncipe impaciente, fué á buscar una tranca y forzó la puerta, pero encontró á Astuta armada de un gran martillo que habían dejado casualmente en un guarda-ropa junto á su cuarto. La emocion animaba su semblante y aunque sus ojos estuviesen llenos de cólera, le pareció á Cauteloso de una belleza encantadora. Quiso echarse á sus piés; pero retrocediendo ella, le dijo con altivez:—Príncipe, si os acercarís á mí os parto la cabeza con este martillo.

—¡Qué hermosa Princesa, respondió Cauteloso con su tono hipócrita, el amor que os tengo, merece un odio tan cruel?

Empezó á ensalzarle de nuevo, pero de un extremo á otro de la habitacion, el ardor violento que la había inspirado la reputacion de su hermosura y de su maravilloso talento. Añadió que se había disfrazado solo por venir á ofrecerla respetuosamente su corazon y su mano, y la dijo que perdonase á su violenta pasion el haberse atrevido á forzar la puerta, concluyendo por quererla persuadir que era de grande interés para ella el recibirle por esposo cuanto antes. Tambien dijo á Astuta que no sabia donde estaban sus hermanas, porque como no pensaba mas que en ella, no se había tomado el trabajo de buscarlas.

La prudente Princesa, fingiendo calmarse, le dijo que era preciso buscar á sus hermanas que despues tomarian juntas sus medidas; pero Cauteloso la respondió, que no podía resolverse á buscar á las Prin-

cesas, sino consentia en tomarle por esposo, porque sus hermanas no dejarían de oponerse á ello por razon de su primogenitura.

Astuta que desconfiaba con razon de este pérfido Príncipe, sintió redoblarse sus sospechas al oír aquella respuesta y temblando por lo que pudiera haber sucedido á sus hermanas, resolvió vengarlas al mismo tiempo que se evitaba una desgracia igual á la que juzgaba habían tenido ellas. Esta jóven Princesa dijo pues á Cauteloso, que no tenia inconveniente en casarse con él; pero que estando persuadida de que los matrimonios que se efectuaban de noche, eran siempre desgraciados, le pedia dejase para el día siguiente la cereñonia de dárse una fé recíproca: prometió no decir nada á las Princesas, suplicándole la dejase un poco de tiempo sola para pensar en Dios; en seguida la dijo que le llevaria á una habitacion donde hallaria una buena cama y que ella volveria á encerrarse en su cuarto hasta la mañana siguiente.

Cauteloso, que no era hombre de mucho valor y veia siempre á Astuta armada de un gran martillo, el que manejaba como si fuera un abanico: Cauteloso, digo, consintió en lo que deseaba la Princesa y se retiró para dejarla meditar algun tiempo.

Apenas se hubo marchado, corrió Astuta á hacer una cama en el agujero de un sumidero que había en un cuarto del castillo; este cuarto era lo mismo que otro cualquiera; pero en el agujero de este sumidero, que era muy espacioso, echaban toda la basura del castillo. Astuta puso sobre este agujero dos palos muy endebles cruzados, hizo una cama encima con mucha propiedad, y en seguida se retiró á su cuarto.

A poco tiempo volvió Cauteloso y conduciéndola la Princesa adonde acababa de hacer la cama, se retiró. Sin desnudarse el Príncipe se echó en la cama con precipitacion, y habiéndose roto los palitos con aquel peso, cayó al fondo del sumidero sin poderse detener, haciéndose veinte chichones en la cabeza y destrozándose por todas partes. La caída del Príncipe hizo gran ruido en el conducto que no estaba muy lejos del cuarto de Astuta, sintiendo esta un gozo interior en estremo agradable, cuando vió que su artificio había tenido el éxito que esperaba. No sé puede describir el placer que tuvo cuando oyó chapuzarse en el sumidero; pero bien merecia este castigo, y la Princesa tenia razon de estar satisfecha.

Pero no la ocupaba tanto su alegría que no pensase en sus hermanas. Su primer cuidado fué buscarlas, siéndola fácil el encontrar á Parlante; pues Cauteloso, despues de haber encerrado á esta Princesa, dejó la llave en su cuarto. Astuta entró apresuradamente en este cuarto y al ruido que hizo despertó su hermana sobresaltada, quedándose muy confusa al verla. Astuta la contó de qué manera se había deshecho del pícaro Príncipe que había ido á ultrajarlas. Al oír esto Parlante, se quedó como herida de un rayo, porque á pesar de su cháchara, era tan poco advertida, que había creído ridículamente todo lo que Cauteloso la había dicho. Todavía hay incautas como esta en el mundo.

Disimulando esta Princesa el exceso de su dolor, salió de su cuarto para ir con Astuta á buscar á Indolente. Recorrieron todos los cuartos del castillo sin encontrar á su hermana, hasta que Astuta se acordó que podría muy bien estar en la habitacion del jardin; encontrándola efectivamente allí medio muerta de desesperacion y de debilidad, pues no había probado bocado en todo el día. Las Princesas la dieron los socorros necesarios: en seguida licieron juntas averiguaciones que causaron á Indolente y Parlante un dolor mortal, y despues se fueron todas tres á descansar.

Entretanto Cauteloso pasó la noche con mucha incomodidad, y cuando vino el día no estuvo mucho mejor. Este Príncipe se hallaba en cavernas, que no podía examinar; porque nunca penetraba el sol allí. Sin embargo, á fuerza de tormentos halló la salida del sumidero, que daba á un río bastante lejos del castillo, encontrando medios de hacerse oír de las gentes que pescaban en dicho río, de donde le sacaron en un estado muy lastimoso.

Se hizo conducir á la corte del Rey su padre para curarse mejor; pero aquella desgracia le hizo tomar un odio tan grande á Astuta, que menos pensó en curarse que en vengarse de ella.

Esta Princesa pasaba momentos bien tristes: la gloria la era mil veces mas cara que la vida; y la vergonzosa debilidad de sus hermanas la ponía en una desesperacion, de que apenas podía hacerse dueña. Sin embargo, la mala salud de estas dos Princesas, causada por las consecuencias de su indigno matrimonio, puso aun á prueba la constancia de Astuta.

Cauteloso, que era ya un hábil trapacero, recobró todo su espíritu desde su aventura, para ser aun mas, pues ni el sumidero, ni las contusiones, no le causaban tanto pesar como el despecho de haber hallado uno mas ladino que él. Dudó del éxito de sus dos casamientos, y para probar á las Princesas enfermas, hizo llevar bajo las ventanas de su castillo grandes cajas llenas de árboles cargados de buenos frutos. Indolente y Parlante, que estaban casi siempre á la ventana, vieron estos frutos y al punto les entró un gran deseo de comerlos, acosando á Astuta para que bajase en el cesto á cojerlos. Esta Princesa fue bastante complaciente para contentar á sus hermanas

bajando y llevándolas aquellos bellos frutos que ellas comieron con suma avidéz.

Al día siguiente aparecieron frutos de otra especie. Nuevo autojo de las Princesas y nueva complacencia de Astuta; pero unos oficiales de Cauteloso que estaban ocultos y que habían errado el golpe la primera vez, no le erraron esta, y apoderándose de Astuta, se la llevaron á la vista de sus hermanas, que se arrancaban los cabellos de desesperacion.

Los satélites de Cauteloso lo hicieron tan bien, que llevaron á Astuta á una casa de campo, donde el Príncipe estaba acabando de repouerse. Como estaba muy furioso contra esta Princesa, la dijo cien cosas, á lo que siempre respondió ella con una firmeza y una grandeza de alma dignas de una heroína como ella.

En fin, despues de haberla tenido algunos días prisionera, la hizo conducir á la cumbre de una montaña muy alta, adonde llegó él mismo un momento despues. Allí la anunció que la iba á hacer morir de una manera que le vengase de todo lo que le había hecho. En seguida este pérfido Príncipe mostró bárbaramente á Astuta un tonel lleno por dentro de cortaplumas, navajas y clavos retorcidos, y la dijo que para castigarla como merecia, iba á echarla en este tonel, haciéndola rodar despues desde lo alto de la montaña.

Aunque Astuta no fuese romana, no estaba mas asustada del suplicio que la preparaban, que Régulo estuvo en otro tiempo á vista de semejante destino. Esta jóven Princesa conservó toda su firmeza y toda su grandeza de espíritu; pero Cauteloso en lugar de admirar su heroísmo, aumento su rabia; deseando acelerar su muerte. Con este objeto se bajó á la entrada del tonel que debía ser el instrumento de su venganza, para examinar si estaba bien provisto de todas las armas homicidas.

Astuta que vió á su perseguidor mirando atentamente el tonel, le empujó hábilmente dentro sin pérdida de tiempo, y le hizo rodar desde lo alto de la montaña; sin dar al Príncipe tiempo para volver en sí. Hecho esto emprendió la fuga, y los oficiales del Príncipe que habían visto con gran dolor el modo cruel con que su amo queria tratar á esta Princesa amable, no se cuidaron de correr tras ella para detenerla. Por otra parte estaban tan espantados de lo que acababa de suceder á Cauteloso, que no pensaron en otra cosa mas que procurar detener el tonel que rodaba con violencia; pero sus cuidados fueron inútiles, pues rodó hasta el pié de la montaña, sacando de allí á su Príncipe todo cubierto de heridas.

La desgracia de Cauteloso llenó de desesperacion al rey Bondadoso y al Príncipe Buena-vista. Por lo que hace á sus súbditos no lo sintieron, pues Cauteloso era muy aborrecido; y aun se asombraban de que el Príncipe menor, que tenia sentimientos tan nobles y generosos, pudiese amar tanto á este indigno mayor. Pero tal era el buen natural de Buena-vista, que se aficionaba fuertemente á todos los de su familia, y Cauteloso había tenido siempre la destreza de manifestarle tanta amistad, que este generoso Príncipe nunca se hubiera perdonado el no corresponderle con usura. Buena-vista tuvo, pues, una gran pena por las heridas de su hermano, y procuró en cuanto pudo, curarlas prontamente. Sin embargo, á pesar del asiduo cuidado que todo el mundo tomó, nada aliviaba á Cauteloso; al contrario, sus llagas parecían siempre enconarse cada vez mas, haciéndole sufrir por mas tiempo.

Despues de haberse librado Astuta del grave peligro que había corrido, volvió felizmente al castillo, donde había dejado á sus hermanas; pero no pasó mucho tiempo sin tener nuevos pesares. Las dos primeras dieron á luz un hijo cada una, con lo que Astuta se encontró sumamente embarazada. Sin embargo, no por eso se abatió el valor de esta Princesa; el deseo que tenia de ocultar la vergüenza de sus hermanas en unas cajas, resolvió á esconderse otra vez, á pesar de los peligros. Tomó, para salir con su intento, todas las medidas que la prudencia puede inspirar: se disfrazó de hombre, encerró los hijos de sus hermanas en unas cajas, haciendo en ellas unos agujeritos frente á la boca de los niños para que pudiesen respirar: tomó un caballo, cogió estas cajas y algunas otras, y de este modo llegó á la capital del rey Bondadoso, donde estaba Cauteloso.

Cuando Astuta llegó á esta ciudad, supo que la magnificencia con que el Príncipe Buena-Vista pagaba los remedios que daban á su hermano, había atraído á la corte todos los charlatanes de Europa; porque en aquel tiempo había una multitud de aventureros sin oficio ni talento que pasaban por hombres admirables que habían recibido don del cielo para curar toda clase de males. Estas gentes cuya sola ciencia consistia en engañar osadamente, hallaban siempre mucha fé en los pueblos, pues sabian imponerlos por su exterior extraordinario y por los nombres raros que tomaban. Esta clase de médicos nunca permanecen en el lugar de su nacimiento y la prerogativa de venir de lejos, les da frecuentemente mucho mérito entre el vulgo.

La ingeniosa Princesa, bien informada de todo esto, tomó el nombre de Sanatio enteramente extraño para este reino, y se hizo anunciar por todas partes que el caballero Sanatio había llegado con secretos maravillosos para curar toda clase de heridas por peligrosas y enconosas que fueran. Al instante Buena-Vista envió á buscar al pre-

tendido caballero. Astuta fue; hizo el médico empírico lo mejor del mundo, recitó cinco ó seis palabras del arte con aire de importancia y todo salió bien.

Esta Princesa se quedó sorprendida del buen aspecto y agradables maneras de Buena-Vista, y después de haber hablado algún tiempo con este Príncipe sobre las heridas de Cauteloso, le dijo que iba á buscar una botella de una agua incomparable y que entretanto dejaba allí dos cajas que había traído y que contenían ungüentos excelentes á propósito para el Príncipe herido.

Hecho esto, el pretendido médico salió y no volvió: estando muy impaciente por su tardanza, iban ya á buscarle cuando oyeron gritos de niños en el cuarto de Cauteloso; esto sorprendió á todo el mundo porque allí no había niños; sin embargo algunos aplicaron el oído y descubrieron que estos gritos salían de las cajas del empírico.

Eran en efecto los sobrinos de Astuta. Esta Princesa los había hecho tomar mucho alimento antes de ir á palacio; pero como ya hacía bastante tiempo, querían más y ellos lo pedían cantando en un tono insolente. Abrieron las cajas y se quedaron muy sorprendidos de ver allí efectivamente dos chiquillos bastante lindos. Cauteloso no dudó que esto sería un nuevo chasco de Astuta, y concibió un furor tan grande que sus males se aumentaron hasta un punto, que se vio bien que no daba esperanza de vida.

Buena-Vista estaba traspasado de dolor y Cauteloso, pérfido hasta en sus últimos momentos, quiso abusar del cariño de su hermano:—Siempre me habeis amado Príncipe, le dijo, y llorareis mi muerte. No tengo necesidad de más pruebas de vuestra amistad en vida pues estoy para morir, pero si os he sido verdaderamente querido, prometedme que me concederéis la súplica que os voy á hacer.

Buena-Vista que en el estado en que veía á su hermano, se sentía incapaz de rehusarle nada, prometió con los mayores juramentos, concederle todo lo que le pidiera. Al instante que Cauteloso oyó estos juramentos dijo á su hermano abrazándole: Príncipe, muero consolado porque seré vengado; pues el ruego que tengo que hacer es que pidais en matrimonio á Astuta tan pronto como yo muera. Sin duda obtendreis esta maligna Princesa y en cuanto esté en vuestro poder la clavareis un puñal en el pecho. Buena-Vista se estremeció á estas palabras, arrepintiéndose de la imprudencia de sus juramentos; pero ya no era tiempo de desdecirse, y no quiso mostrarse arrepentido á su hermano que espiró pocos momentos después.

El Rey Bondadoso tuvo un profundo dolor. En cuanto á sus súbditos lejos de sentirlo, se alegraron de que la muerte de Cauteloso asegurase la sucesión del reino de Buena-Vista cuyo mérito era apreciado de todos.

Astuta que otra vez volvió felizmente con sus hermanas, supo bien pronto la muerte de Cauteloso y poco tiempo después anunciaron á las Princesas la vuelta del Rey, su padre.

Este Príncipe fue al instante á la torre y su primer cuidado fue pedir las ruecas de cristal. Indolente fue á buscar la rueca de Astuta, la mostró al Rey, y haciendo una profunda reverencia, la llevó adonde la había tomado. Parlante hizo lo mismo, y á su vez Astuta llevó su rueca; pero el Rey que tenía sospechas, quiso ver las tres ruecas juntas. Solo Astuta pudo enseñar la suya, y el Rey se enfureció tanto contra sus dos hijas mayores, que en aquel mismo instante las envió á la hada que le había dado las ruecas, suplicándole que las tuviese toda su vida junto á ella y las castigase como se merecían.

Para castigar á las Princesas, las llevó la hada á una galería de su castillo encantado, donde había hecho pintar la historia de un sin número de mujeres ilustres que se habían hecho célebres por sus virtudes ó por su vida laboriosa. Por un efecto maravilloso del arte de encantamiento, todas estas figuras tenían movimiento y estaban en acción desde por la mañana hasta por la noche.

Por todas partes se veían trofeos y lemas en loor de estas mujeres virtuosas; y no era poca mortificación para las dos hermanas: el comparar el triunfo de estas heroínas con la despreciable situación á que su desgraciada imprudencia les había reducido. Para colmo de pesadumbres la hada les dijo con gravedad que si se hubiesen ocupado como aquellas cuyos cuadros veían, no hubieran caído en los indignos extravíos en que se habían perdido, pues la ociosidad es la madre de todos los vicios y el origen de todas las desgracias, añadiendo que para que no volvieran á caer nunca en semejantes desgracias y para reparar el tiempo perdido, iba á ocuparlas de una manera buena. En efecto, obligó á las Princesas á emplearse en los trabajos más groseros y más bajos, y sin consideración á la tez, las envió á coger guisantes á sus jardines y á arrancar las yerbas malas. Indolente no pudiendo resistir la desesperación de llevar una vida tan poco conforme á sus inclinaciones, murió de pena y de fatigas. Parlante que algún tiempo después halló medios de escaparse una noche del castillo de la hada, se rompió la cabeza contra un árbol, muriendo de resultas de esta herida en manos de unos aldeanos.

El buen natural de Astuta la hizo sentir un dolor muy vivo por el destino de sus hermanas, y en medio de sus pesares, supo que el príncipe Buena-Vista la había pedido en matrimonio al Rey su padre, que la había concedido sin pensar; pues en aquel tiempo la in-

clinación de las partes era lo que menos se miraba en un matrimonio. Astuta temió al saber esto, temiendo con razón, que el odio que Cauteloso la profesaba, no hubiera pasado á un hermano de quien era tan querido, y recelando que este joven príncipe quisiera casarse con ella para sacrificarla á su hermano. Llena de esta inquietud, fué la Princesa á consultar á la sabia hada, que la estimaba tanto como había despreciado á Inloente y Parlante.

La hada no la quiso revelar nada y solamente la dijo:—Princesa, sois sabia y prudente y habeis tomado hasta aquí medidas muy justas para vuestra conducta, teniendo siempre en cuenta que la desconfianza es la madre de la seguridad. Continúa, pues, acordándoos de la importancia de esta máxima, y llegareis á ser feliz sin el socorro de mi arte. No pudiendo Astuta saber más de la hada, se volvió á palacio en una extrema agitación.

Algunos días después se desposó esta Princesa con un Embajador á nombre del príncipe Buena-Vista y la llevaron á reunirse con su esposo en un tren magnífico. La hicieron muy buen recibimiento en las dos primeras ciudades fronterizas del Rey Bondadoso, y en la tercera encontró á Buena-Vista que había venido á recibirla por orden de su padre. Todo el mundo estaba sorprendido al ver la tristeza de este Príncipe á la aproximación de un matrimonio que parecía haber desado; el mismo Rey pugnó con él para enviarle á su pesar á recibir á la Princesa.

Al verla Buena-Vista se quedó admirado de sus gracias; la cumplimiento, pero de una manera tan confusa, que las dos cortes que sabían lo espiritual y galante que era este príncipe, creyeron, que se hallaba tan vivamente conmovido, que á fuerza de estar enamorado perdía su presencia de espíritu. En toda la ciudad resonaban gritos de alegría, y no se oían por todos lados más que conciertos y fuegos artificiales. En fin, después de una cena magnífica, se pensó en llevar los dos esposos á su cuarto.

Acordándose siempre Astuta de la máxima que la repitió la hada, se formó su plan. Esta Princesa ganó á una de sus damas, que tenía la llave del gabinete de la habitación que la habían destinado, y la mandó llevar á este gabinete paja, una vejiga de sangre de carnero y las tripas de alguno de los animales que habían servido para la cena. La Princesa pasó á este gabinete bajo un pretexto, compuso una figura de paja en la que puso la vejiga y las tripas llenas de sangre y la adornó en seguida en traje de cama y con gorro de dormir.

Cuando Astuta acabó esta bella muñeca, fué á reunirse con los demás, y poco tiempo después condujeron á la Princesa y su esposo á su habitación. Después del tiempo necesario para arreglarse el tocado, la dama de honor quitó las luces y se retiró. En seguida Astuta metió su mujer de paja en la cama y se escondió en un rincón de la alcoba.

Después de haber suspirado el príncipe dos ó tres veces, sacó su espada y atravesó con ella el cuerpo de la pretendida Astuta. Al instante sintió correr la sangre por todas partes, encontrando á la mujer de paja sin movimiento.—Qué he hecho! exclamó Buena-Vista; qué! después de tan crueles agitaciones, después de haber dudado tanto, cumplo mi juramento á espensas de un crimen! He quitado la vida á una Princesa encantadora que había nacido yo para amar! Sus gracias me prendaron desde el momento que la ví; sin embargo, no he tenido valor para librarme de un juramento, que mi hermano, poseído de furor, me exigió por una indigna sorpresa! Cielos! Se podía pensar en castigar á una mujer por tener demasiada virtud? Pues bien! Cauteloso, ya he satisfecho tu injusta venganza, pero á su vez vengaré á Astuta con mi muerte. Sí, bella Princesa, es preciso que con la misma espada... A estas palabras sintió Astuta que el príncipe que en su transporte había dejado caer su espada, la andaba buscando para atravesarse con ella; mas no queriendo que hiciese semejante tontería, le dijo:—Príncipe, no me habeis muerto; vuestro buen corazón me ha hecho adivinar vuestro arrepentimiento, y por medio de un engaño inocente os he ahorrado un crimen.

En seguida Astuta contó á Buena-Vista la prevision que tuvo respecto á la mujer de paja. El príncipe lleno de gozo por ver que la Princesa vivía, admiró la prudencia que tenía en todas ocasiones y la agradeció infinito el haberle ahorrado un crimen en el que no podía pensar sin horror, no comprendiendo como había tenido la debilidad de no ver la nulidad de los desgraciados juramentos que habían exigido de él con artificios.

Sin embargo, si Astuta no hubiese estado siempre bien persuadida de que la desconfianza es madre de la seguridad, hubiese sido muerta, siendo causa su muerte de la de Buena-Vista, y después se hubiera hablado mucho sobre la extravagancia de sentimientos de este Príncipe. Vivan la prudencia y la presencia de espíritu! Ellas preservaron á estos dos esposos de funestas desgracias, reservándoles un destino más dulce, pues se amaron mucho y pasaron una larga serie de días felices en una gloria y felicidad que no se podría describir.

He aquí, señora, la maravillosa historia de Astuta. Confieso que la he adornado y os la he contado un poco larga; pero cuando se dicen cuentos, es señal de que no hay mucho que hacer; y como se procura entretenerse, parece que no cuesta nada el prolongarlos para

que duren más la conversacion. Por otra parte me parece que las circunstancias son frecuentemente el ornato de estas historias jocosas. Ya podeis creer, encantadora condesa, que es fácil compendiarlas; y os aseguro que cuando querais, os diré las aventuras de Astuta en muy pocas palabras: sin embargo, no es así como me las contaban cuando yo era niño, pues el relato duraba al menos una hora larga.

No dudo sabreis que este cuento es muy célebre; pero no sé si estareis informada de lo que la tradicion nos dice sobre su antigüedad. Nos asegura esta que los trovadores ó chismógrafos de Provenza inventaron á Astuta mucho antes que Abelardo, ni el célebre conde de Champagne escribiesen sus novelas. Esta clase de fábulas encierran una buena moral; y habeis observado con mucha exactitud, que hacen muy bien en contarlas á los niños para inspirarles amor á la virtud. Yo no sé si en esta época se hablaba de Astuta; pero por lo que hace á mi

MORALEJA.

Niño me contó mi abuela sesenta veces de fijo esta pequeña novela; y otras sesenta me dijo las verdades que revela.

Y en vez de ir á buscar cuentos de brutos y flores, que tanto suelen gustar, prefirió otra vez contar de esta historia los primores.

Con justicia castigadas allí vemos dos mujeres que muellemente entregadas á vergonzosos placeres al mal fueron inclinadas.

Allí á un príncipe malvado que torpemente vivió en el vicio encenagado, vemos al fin abrumado de males que mereció.

Pero en esta linda historia se vé también, á la par que al malvado castigar, salir cubierto de gloria el virtuoso y triunfar.

Si nos causan más agrado aquestos por lo ingeniosos que los cuentos fabulosos de lobos, ciervos y osos ó el pastor y su ganado.

Grande placer nos deparan, esto me acontece á mí; los niños lo hallan así, y hasta los sábios declaran que mucho encierran en sí.

Mas vos, condesa hechicera, con vuestro ingenio dad vida á esas historias. Entera la antigua Gália os convida á ello y de vos lo espera.

Repetid los ingeniosos cuentos de los trovadores mas gratos y deliciosos que los cuentos de pastores, de lobos, ciervos y osos.

PIEL DE ASNO.

Había en una ocasión un Rey tan grande, tan amado de sus pueblos y tan respetado de sus vecinos y aliados, que se podía decir que era el más feliz de todos los monarcas. Su felicidad se veía confirmada por la elección que había hecho de una princesa tan bella como virtuosa, así que estos dos esposos vivían en una unión perfecta. De este casto himeneo nació una hija dotada de tantas gracias y encantos, que no sentían el no tener más prole.

La magnificencia, el gusto y la abundancia reinaban en su palacio; los ministros eran sabios y hábiles; los cortesanos virtuosos y

afectos; los criados fieles y laboriosos; y las caballerizas vastas y llenas de los mejores caballos del mundo, cubiertos de ricos caparzones. Pero lo que asombraba á los extranjeros que iban á admirar aquellas hermosas caballerizas, era que en el sitio principal había un señor asno de enormes orejas. Y no era por capricho, sino con razón por lo que el Rey le había dado un sitio particular y distinguido. Las virtudes de este animal bien merecían esta distinción, pues que la naturaleza le había formado tan extraordinario que su cama en lugar de estar llena de estiércol, se cubría todas las mañanas con profusión de buenos escudos y luises de oro, que recogían cuando se levantaba. Pero como las vicisitudes de la vida se estienden así á los reyes como á los súbditos, y que los bienes van siempre mezclados de algunos males, el cielo permitió que la Reina fuese atacada de repente de una grave enfermedad para la que no se pudo hallar ningún remedio, á pesar de la ciencia y habilidad de los médicos.



Enseñadme vuestra mano, le dijo él temblando.—Pág. 19.

El desconsuelo fue general. El Rey, sensible y enamorado á pesar del proverbio famoso que dice que el matrimonio es la tumba del amor, se afligió en extremo, é hizo ardientes votos en todas las Iglesias de su Reino, ofreciendo su vida por la de una esposa tan querida; pero en vano invocaba los Dioses y las hadas. La Reina sintiendo próxima su última hora, dijo á su esposo, que estaba desecho en lágrimas.—Permitid que antes de morir, exija de vos una cosa y es que si se os ocurriese volveros á casar...

Al oír esto el Rey, dió un grito lastimoso, cogió las manos de su mujer, las bañó en lágrimas, asegurándole que era supérfluo hablarle de un segundo matrimonio:—No, no, dijo en fin, habládme mas bien de seguros, querida mía.

—El estado, repuso la Reina con una firmeza que aumentaba la pena de este Príncipe, exige sucesores y no teniendo mas que una hija, os apremiará á tener hijos que se os parezcan; pero os pido encarecidamente por todo el amor que me habeis tenido, que no ceais al deseo de vuestros pueblos, sino cuando hayais encontrado una Princesa mas hermosa y mejor formada que yo; jurádmelo y muero contenta.

Se presume que la Reina que no carecía de amor propio había exigido este juramento, porque no creyendo que hubiese en el mundo otra que la pudiese igualar, estaba segura que el Rey no se volvería a casar nunca. Al fin murió. Nunca alborotó mas ningún marido, pues no hizo mas que llorar y sollozar día y noche, único consuelo de la viudez. Los grandes dolores no duran. Por otra parte los principales del Reino se reunieron y fueron en masa á suplicar al Rey que se casase.

Esta primera proposición le pareció dura, haciéndole derramar nuevas lágrimas. Alegó el juramento que había hecho á la Reina y todos sus consejeros desconfiaron de poder hallar una Princesa mas bella y mejor formada que su difunta esposa, creyendo que esto era imposible. Pero el consejo calificó de niñería la tal promesa y dijo que importaba poco la belleza, con tal que fuera una Princesa virtuosa y no estéril; que el estado quería Príncipes para su reposo y tranquilidad; que efectivamente la Infanta tenía todas las cualidades necesarias para ser una gran Reina; pero que era preciso darla un extranjero por esposo, en cuyo caso ó este extranjero se la llevaba consigo, ó si reinaba con ella, sus hijos no serían reputados de la misma sangre; y que no habiendo un Príncipe de su familia, los pueblos vecinos podían suscitarles guerras que acarrearían la ruina del Reino. Convencido el Rey por estas consideraciones, prometió que pensaría en contestarlos.

Efectivamente buscó entre las princesas solteras la que le podría convenir. Todos los días le llevaban retratos encantadores, pero ninguno reunía las gracias de la difunta Reina; así que no se determinaba. Por desgracia advirtió que la Infanta su sobrina era no solo bella y bien formada, sino que escudía aun con mucho á la Reina, en talento y en gracia; su juventud y la agradable frescura de su hermosa tez, inflamaron al Rey con un fuego tan violento, que no pudo ocultarlo á la Infanta y la dijo que había resuelto tomarla por esposa, pues que ella sola podía librarle de su juramento.

La joven Princesa llena de virtud y de pudor y teniendo sumo respeto á su tío, pensó desmayarse al oír aquella proposición, y se echó á los pies del Rey, conjurándole con todas sus fuerzas á no obligarla á cometer semejante crimen.

El Rey á quien se le había metido en la cabeza este vano proyecto, consultó á un viejo druida para tranquilizar la conciencia de la Princesa. Este druida menos religioso que ambicioso, sacrificó el interés de la inocencia y la virtud al honor de ser confidente de un gran Rey, ganando con tanta destreza el ánimo de este que aun le persuadió que era una obra piadosa el casarse con su sobrina. El Rey adulado por las palabras de este malvado, le abrazó y volvió mas preocupado que nunca con su proyecto; mandando pues á la Infanta que se preparase á obedecerle.

La joven Princesa arrebatada del mas vivo dolor, no pensó otra cosa que ir á ver á la hada de Lilas, su madrina. A este efecto partió aquella misma noche en un lindo cabriolé tirado por un carnero que sabía el camino, llegando con toda felicidad. La hada que amaba á la Infanta, la dijo que ya sabía todo lo que venía á decirle; pero que no tuviese cuidado, que en nada la podrían perjudicar, si ejecutaba fielmente lo que iba á prescribirle.—Porque hija mia, la dijo, sería una falta muy grande el casaros con vuestro tío; pero podeis evitarlo sin contradecirle. Decidle que para satisfacer un capricho que tenéis, es preciso que os dé un vestido de color del tiempo; á pesar de todo su amor y su poder nunca podrá conseguirlo.

La Princesa dió las gracias á su madrina y á la mañana siguiente dijo al Rey, su tío, lo que la había aconsejado la hada, protestando que no obtendría de ella ningún consentimiento hasta que no tuviera el vestido de color del tiempo. El Rey muy contento con la esperanza que le daba, reunió los mejores artistas y les encargó este traje, so pena si no lo hacían, de colgarlos á todos.

No hubo el disgusto de recurrir á este extremo, pues al segundo día llevaron el vestido tan deseado. El Empíreo, cuando está rodeado de nubes de oro, no es de un azul tan hermoso, como el de este magnífico traje cuando se desplegó. La Infanta se puso muy triste, no sabiendo como salir de este enredo.

El Rey apremiaba y fué necesario recurrir otra vez á la madrina, que asombrada de que su secreto no hubiese tenido éxito, la dijo que pidiese otro de color de luna. El Rey que no podía rehusarla nada, envió á buscar los mas hábiles artistas, y les encargó tan espresamente un traje color de luna, que entre mandarlo y llevarlo, no pasaron veinticuatro horas. La Princesa mas encantada de este soberbio traje que de los cuidados de su tío, se afligió en extremo, cuando se halló con sus damas y aya. La hada de Lilas que sabía todo, vino en socorro de la afligida Princesa y la dijo:—O me engaño mucho, ó creo que si pedís un traje color del sol, llegaremos á fastidiar al Rey vuestro tío; pues nunca se podrá llegar á hacer semejante traje y en todo caso siempre ganaremos tiempo. La Infanta convino en ello y pidió el traje: el enamorado Rey dió sin pesar todos los diamantes y rubies de su corona, para ayudar á esta soberbia obra, con orden de no ahorrar nada para hacer este traje igual al sol. Así, en cuanto apareció todos los que le vieron desplegado,

tuvieron que cerrar los ojos, pues tanto deslumbraba. Desde este tiempo datan los anteojos verdes y los cristales empavonados.

¿Qué pasó á la Infanta al ver esto? Nunca se había visto una cosa mejor trabajada y con mas arte; así que se quedó confusa y so pretexto de hacerla mal á la vista, se retiró á su cuarto, donde le aguardaba la hada, tan avergonzada que no se puede explicar; y fué mucho peor porque al ver el traje de sol, se volvió roja de cólera.—¡Oh! lo que es ahora, hija mia, dijo á la Infanta, vamos á poner á una terrible prueba ese amor. Le veo muy preocupado con este matrimonio que cree tan cercano, pero pienso que se quedará un poco aturdido con la petición que os aconsejo le hagais, y es la piel del asno que estima tanto y que provee á todos sus gastos con tanta profusión; id, y no dejéis de decirle que deseais esta piel.

Muy contenta la Infanta por haber hallado aun un medio de eludir un matrimonio que detestaba, y pensando al mismo tiempo que nunca se resolvería á sacrificar su asno, fué á buscarle, y le manifestó el deseo de tener la piel de tan bello animal. Aunque el Rey se quedó asombrado de semejante capricho, no dudó en satisfacerla. El pobre asno fué sacrificado y llevada su piel á la Infanta, que no viéndola ya ningún medio de eludir su desgracia, empezó á desesperarse, cuando su madrina acudió:—¿Qué haceis hija mia! la dijo, al ver á la Princesa arrancándose el cabello y golpeándose sus hermosos carrillos! Hé aquí el momento mas feliz de vuestra vida. Cubrios con esta piel, salid de palacio y andad todo lo que podais; cuando se sacrificó todo á la virtud, los dioses saben recompensar. Marchad y yo tendré cuidado que vuestros adornos os sigan por todas partes y á cualquiera sitio que os detengais os seguirá bajo tierra vuestro cofrecillo con vuestro vestidos y joyas, el que aparecerá á vuestra vista, golpeando en la tierra, cuando tengais necesidad de él, con esta varita que os doy; pero apresuraos á partir, y no tardeis. La Infanta abrazó cien veces á su madrina, rogándole que no la abandonase, se rebujó en esta mala piel, después de haberse tiznado con hollín de la chimenea y salió de aquel rico palacio sin ser reconocida de nadie.

La ausencia de la Infanta causó un gran rumor. El Rey desesperado y que había hecho preparar una fiesta magnífica, estaba inconsovable. Hizo marchar mas de cien gendarmes y mil mosqueteros en busca de su sobrina; pero la hada que la protegía, la hacía invisible á las mas hábiles pesquisas; así que fué preciso consolarle.

Mientras tanto la Infanta caminaba muy lejos, buscando por todas partes alguna colocación; pero aunque la diesen de comer por caridad la encontraban tan mugrienta que nadie la quería. Sin embargo un día entró en una hermosa ciudad, á la entrada de la que había una quinta, cuya arrendataria necesitaba una fregona para lavar las rodillas y limpiar los pavos y la artesa de los cerdos. Esta mujer viendo aquella viajera tan sucia, la propuso entrar en su casa lo que la Infanta aceptó de muy buena gana; tan cansada estaba de andar tanto. La pusieron en un rincón de la cocina, donde los primeros días fué objeto de bromas groseras de la servidumbre; tan sucia y repugnante estaba con su piel de asno. En fin se acostumbraron á ella; por otra parte era tan cuidadosa en el cumplimiento de sus deberes, que la arrendataria la tomó bajo su protección. Conducía los carneros, los recogía cuando era necesario, y llevaba los pavos á comer con tal inteligencia, que parecía que no había hecho otra cosa en toda su vida; así que todo prosperaba bajo su buena dirección.

Un día que sentada junto á una cristalina fuente, donde frecuentemente deploraba su triste condición, se le ocurrió mirarse en ella, se asustó de la facha que tenía con la horrible piel de asno. Avergonzada de semejante compostura se limpió el rostro y las manos, quedando mas blancas que el marfil y tomando su hermosa tez su natural frescura. Al verse tan bella, le dió ganas de bañarse, lo que ejecutó así; pero tuvo que ponerse su indigna piel para volver á la quinta.

Felizmente era fiesta al día siguiente, así que tuvo lugar de sacar su cofrecillo, arreglar su tocado, empolvase el pelo y ponerse su hermoso traje color de tiempo; pero su cuarto era tan reducido que no pudo estender la cola de este traje. La bella Princesa se miró, admirándose ella misma y con razon, y resolvió para distraerse, ponerse alternativamente sus hermosos trajes, las fiestas y domingos, lo que ejecutó puntualmente. Entrelazaba flores y diamantes en sus hermosos cabellos con un gusto admirable, y frecuentemente suspiraba por no tener mas testigos de su belleza que sus carneros y sus pavos, que la querían lo mismo con su horrible piel de asno, cuyo nombre la habían dado en esta quinta.

Un día de fiesta que piel de asno se había puesto el vestido color del sol, el hijo del Rey, á quien pertenecía esta quinta fué allí á descansar de vuelta de caza. Este Príncipe era jóven, hermoso y bien formado, amado de sus padres y adorado de sus pueblos. Le ofrecieron una merienda campestre que aceptó, y después se puso á recorrer los corrales y todos los rincones. Corriendo así por todos los sitios, entró en una calle sombría, al fin de la cual vió una puerta cerrada. La curiosidad le hizo mirar por la cerradura; pero cómo se quedó al percibir la Princesa tan bella y tan ricamente vestida que con su aire noble y modesto tomó por una divinidad! La impetuosi-

dad del sentimiento que experimentó en aquel momento, le hubiere llevado á forzar la puerta, á no ser por el respeto que le inspiraba aquella seductora jóven.

Salió con dolor de aquella pequeña calle sombría y oscura pero fué para informarse de quien era la persona que habitaba aquel cuartucho. Le respondieron que era una fregona que la llamaban piel de asno, á causa de la piel con que se vestía, que era tan sucia y asquerosa que nadie la miraba ni la hablaba, y que solo por lástima la tenían para guardar pavos y carneros.

El Príncipe poco satisfecho de esta noticia, conoció que estas groseras gentes no sabían mas y que era inútil preguntarles. Volvió pues al palacio del Rey, su padre, sumamente enamorado, teniendo continuamente presente la bella imagen de la divinidad que había visto por el agujero de la cerradura, arrepintiéndose de no haber llamado á la puerta, y prometiéndose no dejar de hacerlo otra vez. Pero la agitación de su sangre, causada por la vehemencia de su amor le ocasionó una fiebre tan violenta, que bien pronto puso su vida en peligro.

La Reina, su madre, que no tenía mas hijo que él, se desesperaba de que todos los remedios eran inútiles. En vano prometía las mayores recompensas á los médicos, pues aunque empleaban todos los recursos de su arte, nada aliviaba al Príncipe. Al fin adivinaron que un mortal pesar causaba todo aquel estrago, y se lo advirtieron á la Reina que llena de ternura por su hijo, le conjuró á que dijese la causa de su mal; y que aun cuando se tratase de cederle la corona, el Rey, su padre, descendería del trono sin pesar para que subiese él; que si deseaba alguna Princesa aun cuando se estuviese en guerra con el Rey su padre, y que hubiese justos motivos de queja, se sacrificaría todo para obtener lo que deseaba; pero que le conjuraba de no hacerla morir, pues que su vida dependía de la suya.

La Reina no acabó este tierno discurso sin humedecer el rostro del Príncipe con un torrente de lágrimas. Señora, la dijo en fin el Príncipe con voz muy débil, no soy bastante desnaturalizado para desejar la corona de mi padre; permita el cielo que viva largos años, siendo yo el mas fiel y respetuoso de sus súbditos! En cuanto á las Princesas que me ofreéis, aun no he pensado en casarme; y bien podeis creer que sumiso como soy á vuestra voluntad, os obedeceré siempre en todo y por todo.

¡Ay! hijo mio, nada nos será costoso con tal de que te salvemos la vida; pero querido hijo, salva la mia y la del Rey, tu padre, declarándome lo que deseas, en la seguridad de que te será concedido. Bien, señora, dijo, pues que es preciso declararos mi pensamiento, voy á obedeceros, pues consideraría un crimen el poner en peligro la vida de dos personas tan caras para mí. Si, madre mia, desear que piel de asno me haga una torta y que después de hecha me la traigan. Asombrada la Reina de un nombre tan raro, preguntó quien era esta piel de asno. Señora, contestó uno de los oficiales que había visto á aquella jóven por casualidad, es el animal mas feo después del lobo; una piel negra, una asquerosa que habita en vuestra quinta y que guarda vuestros pavos.

—No importa, dijo la Reina; sin duda mi hijo de vuelta de caza habrá comido alguna pasta suya; es un capricho de enfermo; en una palabra quiero que piel de asno, pues que existe, le haga al momento una torta. Fueron corriendo á la quinta é hicieron venir á piel de asno, para que hiciese una torta para el Príncipe lo mejor que pudiese.

Algunos autores han asegurado que en el momento que este Príncipe miró por la cerradura, se apercibió piel de asno, y que mirando después ella por su ventanita había visto á este Príncipe tan jóven, tan hermoso y tan bien formado, que se la había quedado grabada su imagen, costándole frecuentemente este recuerdo algunos suspiros. Como quiera que sea, habiéndole visto piel de asno ó habiendo oído hacer muchos elogios de él, muy contenta de poder hallar un medio de hacerse conocer, se encerró en su cuartito, echó á un lado su mala piel, se limpió el rostro y las manos, se peinó sus blondos cabellos, se puso un bello corpiño brillante de plata, y un jubon igual, poniéndose en seguida á hacer el pastel tan deseado para lo que tomó harina de flor, huevos y manteca fresca. Trabajando, sea de intento ó de otro modo, se la cayó una sortija en la pasta mezclándose en ella, y en cuanto la torta estuvo cocida, rebujándose en su horrible piel, se la dió al oficial, á quien pidió noticias del Príncipe; pero aquel hombre, no dignándose contestarla, corrió á llevar la torta al Príncipe.

Este la tomó ávidamente de manos del oficial y la comió con tal ansia, que los médicos que estaban presentes no dejaron de decir que este furor no era buena señal; efectivamente el Príncipe pensó ahogarse con la sortija que encontró en uno de los pedazos de la torta; pero la sacó hábilmente de su boca y su ardor en devorar la torta se disminuyó al examinar aquella fina esmeralda montada en oro, cuyo anillo era tan estrecho, que juzgó no podía servir sino al dedo mas mono del mundo.

Besó mil veces esta sortija y la puso bajo su almohada, sacándola siempre que creía no ser visto de nadie. Los tormentos que pasó para imaginar como podría ver á aquella á quien viniera la sortija, no

atreviéndose á creer si permitirían venir á piel de asno, que era quien le había hecho la torta que el pidió, caso de que él la llamase; no atreviéndose tampoco á decir lo que había visto por el agujero de la cerradura, por miedo de que se burlasen de él, y le tomasen por un visionario; atormentándole todas estas ideas á la vez, le volvió fuertemente la calentura, y los médicos, no sabiendo que hacerse, declararon á la Reina que el Príncipe estaba enfermo de amor.

La Reina acudió al cuarto de su hijo con el Rey que estaba inconsolable:—Hijo mio, querido hijo, exclamó el monarca afligido, dínos la que quieres, te juro que te la daremos, aunque fuese la mas vil de las esclavas. La Reina, abrazándole, le confirmó el juramento del Rey.

Enternecido el Príncipe por las lágrimas de los autores de sus días, les dijo:—Padres míos, no tengo intención de hacer una alianza que os desagrade; y en prueba de esta verdad, dijo él sacando la esmeralda de debajo de la almohada, me casaré con la que la venga esta sortija, sea como quiera: pues no parece que debe ser una rústica ó una aldeana la que tenga un dedo tan lindo. El Rey y la Reina cogieron la sortija, la examinaron con curiosidad, y juzgaron lo mismo que el Príncipe: que esta sortija no podía venir sino á una hija de buena casa. Entonces el Rey abrazando á su hijo, y rogándole se curase, salió é hizo publicar por toda la ciudad por medio de sus heraldos, al son de los tambores, pitos y trompetas que viniesen á palacio á probarse una sortija y que aquella á quien viniese justa, se casaría con el heredero del Trono.

Al principio fueron las princesas, luego las duquesas, marquesas y baronesas; pero por mas que todas se adelgazaban los dedos, ninguna se pudo poner la sortija. Fué preciso acudir á las grisetas, que aunque todas eran lindas, tenían los dedos demasiado gruesos. El príncipe que se encontraba mejor hacia el mismo ensayo. En fin se acudió á las doncellas ó criadas; pero tampoco lograron nada. Ya no había nadie que no hubiese probado esta sortija sin éxito, cuando el Príncipe mandó venir á las cocineras, marmitonas y guardas de carneros; todas fueron; pero sus gordos dedos rojos y cortos no pasaban de la uña.

—Se ha hecho venir á aquella Piel de Asno que días pasados me hizo una torta? dijo el Príncipe. Todos se echaron á reír, y le dijeron que no, pues era muy sucia y asquerosa.—Que vayan á buscarla al instante, dijo el Rey, no se dirá que he exceptuado á nadie. Fueron corriendo á buscar á la pavera, riendo y burlándose.

La Infanta, que había oído los tambores y los gritos de los heraldos de armas, se temió que su sortija armase aquel alboroto: amaba al Príncipe, y como el verdadero amor es tímido y no tiene vanidad, estaba en el temor continuo de que alguna dama tuviese el dedo tan delgado como el suyo; así que tuvo un gran gozo cuando vinieron á buscarla y llamaron á su puerta. Desde que supo que buscaban un dedo propio para su sortija, yo no sé que esperanza la impulsó á peinar con mas cuidado y á ponerse su bello corpiño de plata con el jubon lleno de falbalas de encaje de plata sembrado de esmeraldas. Así que oyó que llamaban á la puerta para llevarla á palacio, se puso al instante su Piel de Asno, y abrió la puerta, y aquellas gentes burlándose de ella, la dijeron que el Rey la llamaba para casarla con su hijo; en seguida con grandes carcajadas la llevaron á casa del Príncipe, que asombrado él mismo del atavío de esta jóven, no se atrevía á creer que fuese esta la que había visto tan pomposa y tan bella. Triste y confuso por haber sido tan torpemente engañado, la dijo:—Sois vos la que habitais al final de la calle oscura en el tercer corral de la quinta?

—Sí señor, respondió ella.

—Enseñadme vuestra mano, dijo él temblando y dando un profundo suspiro.

Pero cuán sorprendidos se quedaron el Rey y la Reina, así como todos los gentiles-hombres y grandes de la corte, cuando de debajo de la piel negra y mugrienta salió una pequeña mano delicada, blanca y color de rosa, en la que la sortija se ajustó al dedo mas bonito del mundo, y cuando por un pequeño movimiento que hizo la Infanta, cayó la piel, apareciendo de una belleza tan seductora, que el Príncipe, débil como estaba, se arrojó á sus rodillas y las apretó con un ardor que la hizo enrojecer; pero casi se apercibieron de esto, porque el Rey y la Reina corrieron á abrazarla con todas sus fuerzas, preguntándole si quería casarse con su hijo.

La Princesa confusa de tantas caricias y del amor que le mostraba este jóven y bello príncipe, iba sin embargo á darle las gracias, cuando el techo del salon se abrió, y bajando la hada de Lilas en un carro de ramas y flores de su nombre, contó la historia de la Infanta con una gracia admirable. Encantados el Rey y la Reina de ver que Piel de Asno era una gran princesa, redoblaron sus caricias, pero el Príncipe fué aun mas sensible á la virtud de la Princesa, aumentándose su amor con esto.

La impaciencia del Príncipe por casarse con la Princesa fué tal, que apenas dió tiempo para hacer los preparativos convenientes á tan agosto himeneo. El Rey y la Reina que estaban locos con su nuera, la prodigaban mil caricias, teniéndola sin cesar en sus brazos; pero

ella declaró que no podía casarse con el Príncipe, sin el consentimiento del Rey, su tío; así que fué el primero á quien se invitó, sin decirle quién era la desposada, pues la hada de Lilas que presidía á todo, como era justo, lo había exigido así á causa de las consecuencias: fueron reyes de todos países, unos en literas, otros en cabriolés; los mas distantes montados en elefantes, tigres y águilas; pero el mas magnífico y poderoso era el tío de la Infanta, que había olvidado felizmente su amor desordenado, habiéndose casado con una reina viuda muy hermosa, de la que tuvo hijos. La Infanta salió á recibirle, y al punto la reconoció y la abrazó con gran ternura, antes de que ella tuviese tiempo de echarse á sus pies. El Rey y la Reina le presentaron su hijo, al que colmó de amistad.

Las bodas se celebraron con toda la pompa imaginable; pero los jóvenes esposos poco sensibles á estas magnificencias, no miraban ni veían mas que á ellos. El Rey, padre del Príncipe, hizo coronar á

su hijo aquel mismo día, y besándole la mano le colocó en su trono, á pesar de la resistencia de este buen hijo, que tuvo que obedecer. Las fiestas de este ilustre matrimonio duraron cerca de tres meses; pero el amor de estos esposos duraría aun, tanto se amaban, si no hubiesen muerto cien años despues.

MORALEJA.

No merece gran crédito la historia
mas mientras haya madres,
abuelas y comadres,
y niños en la tierra
que á sus madres den guerra,
del pellejo del asno habrá memoria.

